1 pta

EL DIOS DEL MAR

RAMON PEREDA ROSITA MORENO

EDICIONES BISTAGNE

EL DIOS DEL MAR

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

TIPOGRAFIA CATALANA · VICR. 16 · TELÉFONO 75755 · BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18881 - BARCELONA

EL DIOS DEL MAR

Excelente asunto, de amor y juventud, en los mares tropicales

Dirección de E. D. VENTURINI

Es un film PARAMOUNT todo hablado en español

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Rosita Moreno
Ramón Pereda
José Villarreal
etcétera

Manuel Arbó
Julio Villarreal

EL DIOS DEL MAR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Como el recuerdo del primer amor, la visión de los mares del Sur no se olvida nunca. En aquel apartado rincón del mundo, las islas de vegetación perfumada y maravillosa aparecen sobre el mar como grandes rosas de color de fuego. Huele la tierra a una voluptuosidad de edén y se piensa en el paraíso de principios de la creación.

En las bellas islas de los amaneceres suaves, de los crepúsculos de transparencia de cristal, viven, aparte de la población indígena, de aquella gente bárbara que no acierta a comprender la belleza que la rodea, numerosos marinos europeos y norteamericanos que se refugian largos meses en los pequeños puertos en espera de un flete que les haga reanudar la marcha o son como aves de paso que beben por unos instantes toda la luz de las islas para remontar de nuevo majestuosamente sus alas de plata hacia el azul.

Hombres de todas las razas viven el drama de las humanas pasiones. El enemigo interior que todas las gentes llevan en el alma, siente el tibio arañazo de aquel perfume sensual, y enloquece y grita y exige la eterna contribución de la mujer o del aromado vino.

Los cafés son los nidos de esos pájaros de mar, ligeros y bellos co-

mo golondrinas algunos, pesados y blancos como gaviotas, o audaces y enérgicos como los pobladores de las grandes alturas.

Desde las ventanas de los cafés se descubre el panorama marítimo a cada hora diferente como los telones de una decoración mágica. Todas las gamas del arco iris se combinan diariamente con una mezcla misteriosa como deseando crear un nuevo color.

Los concurrentes atisban la lejanía; ven los barcos inmovilizados y dormidos, reposando gratamente luego de las viejas y continuas navegaciones.

Hay buques a los que está negado el continuo descanso y en breve partirán hacia otros mares, sin que tal vez vuelvan nunca a sentir el contacto de esta brisa cariñosa. Irán a puertos que olerán a carbón y a petróleo, puertos sumergidos en una eterna niebla gris como los ojos de los viejos.

Otras embarcaciones realizan el comercio de cabotaje y llevan ya muchos años recorriendo los numerosos collares de islas, transportando especias, maderas, los frutos voluptuosos de una tierra siempre besada por el sol.

Leandro Dupré, hombre de unos treinta años, curtido navegante desde la niñez en que comenzó como grumete, era el capitán de la goleta "La Niña Bonita", una firme y recia construcción que se hacía distinguir entre todas sus compañeras por la esbeltez de sus líneas y su siempre blanca pintura como casita marinera.

"La Niña Bonita" llevaba algún tiempo realizando viajes de cabotaje que rendían bastante dinero.

Tenía una competidora: la goleta "Veloz", construcción muy parecida, casi gemela, que también efectuaba numerosas rutas de internavegación. Su capitán era Korff, un americano de unos treinta y tantos años, espíritu dominador, que tenía esa majeza de algunos hombres de mar, plenos de un viejo orgullo, que les hace no solamente creerse superiores en las cuestiones náuticas, sino considerarse irresistibles conquistadores de mujeres sin que nadie les venza en la ocasión.

Leandro y Korff se profesaban mutua antipatía. No sólo por su rivalidad comercial sino por recelo amoroso. Los dos habían pretendido a una misma mujer, a Mariana, la hija de un norteamericano falle-

cido en la isla, criatura morena de unos veinte años, bellísima y apasionada, a quien la luz del Sur parecía haber dado a su cuerpo un extraño y enloquecedor arrebol.

Mariana no parecía haberse decidido por ninguno de los dos, aunque Korff, en íntimas confidencias, se confesaba que Leandro parecía ser más afortunado que él... Y eso le llevaba a odiar terriblemente al otro capitán a quien de buena gana hubiera querido ver desaparecer del Sur lo antes posible.

Actuaba Mariana en la cercana isla Ripary, en un viejo café, poblado también de marineros. Cantaba y bailaba poniendo ráfagas de poesía y de terrible amor en los hambrientos corazones solitarios. Pero ella que sabía hacer evocar las más intensas pasiones, jamás se avino a calmarlas.

Los dos capitanes habían permanecido aquella noche en larga meditación en un café de la isla de Macasar, como si ambos soñaran en la misma mujer que en su vida errante y monótona había puesto la nota vibrante de su recuerdo.

Korff, riendo desdeñosamente, invitó a jugar a Leandro, y éste no desperdició la ocasión de poder arruinarle.

Jugaron a los dados entre la franca algarabía de los demás marineros que habían dividido sus opiniones, poniéndose unos en pro de Leandro y otros a favor de Korff.

Agitaba Korff los dados en el cubilete, sonriendo siniestramente, soplando sobre ellos como si realizase un culto mágico... Estaba seguro de ganar y no se equivocaba. La suerte le favorecía de modo inexplicable una y otra vez como una enamorada leal.

Leandro estaba enfurecido e iba viendo con espanto como se empequeñecía el fajo de sus billetes.

¡Gran Dios! ¡Aquel maldito le arruinaba! Y le arruinaba en forma legal, sin trampa alguna, nada más que bajo el impulso de la suerte que soplaba a su favor.

—¡Bueno! ¡No juego más!—dijo de pronto con cierta avaricia, pensando en la necesidad de no quedarse sin numerario.

—¿Tienes miedo? Aun te quedan varios centenares de dólares. Te los juego.

—¿Miedo yo?—respondió Leandro con insolencia—. Mira, los úl-

timos billetes que tengo aquí... ¡Van!

Agitó Korff los dados y una vez más la fortuna le brindó su sonrisa caprichosa.

—¡Maldición! — dijo Leandro mirando su cartera vacía.

—Te doy la oportunidad para que te rehagas—le indicó Korff—Juego quinientos dólares... Te doy crédito.

—Pues jugados.

Leandro agitó el cubilete y los dos dados cayeron sobre la mesa, señalando un número bajísimo.

Luego jugó Korff... y resultó un número más alto. Había vencido.

—¡Lo que yo me esperaba!—dijo Korff, riendo a carcajadas—. Afloja la mosca, chico... Me debes quinientos dólares. Ya me dirás cómo te las arreglas para pagármelos.

—No te impacientes que sé pagar mis apuestas—contestó Leandro con altivez.

—¡Pues que se vea! Las deudas de juego se pagan en seguida. No son como otra clase de deudas.

—No tengo dinero... Fui un imprudente en jugar... Pero no me importa. Venderá la carga que llevo en la goleta, te daré los 500 dólares y aun me quedarán para la revancha.

—¡Encantado, chico!... Y que sea verdad tanta belleza.

Y Korff abandonó la mesa yendo a reunirse con un grupo de amigos que comentaban la buena suerte de este capitán.

Leandro habló con Pancho, su segundo de a bordo, un hombre de toda su confianza, honrado a carta cabal y valiente como él sólo.

—Pancho. Ve a vender inmediatamente la carga... Necesito quinientos dólares que he de pagar a Korff. Y el resto lo quiero emplear en el desquite.

—¡Muy mal hecho, capitán!... Ese Korff te está buscando el cuerpo. Y todo por Mariana.

—¿Mariana? No me hables de ella. Sabes bien que nada me importa.

—Bien enamorado que estabas de la moza.

—Tú lo has dicho. Lo estaba... eso pasó... Desde que Mariana trabaja en un café cantante, para mí ya no existe.

—Mariana es una muchacha honrada... La pobre ha de ganarse la vida. No tiene a nadie desde que murió su padre.

—Pero el empleo se lo proporcionó ese Korff...

—¿Por qué no hacías tú lo mismo?

—Yo nunca hubiera puesto a Mariana en ese trabajo. Pero ¿para qué hablar de ella? Ya no me importa nada... nada.

—Permíteme que siga dudando... Tú mismo te vendes... Parece como si quisieras convencerte de que no la quieres, cuando el corazón te dice otra cosa.

—¡Que no!... Vamos, vete de aquí y procura vender la carga en las mejores condiciones. Para mí el ayer no existe... Yo sólo vivo la aventura, la vida de hoy y de mañana.

Pancho marchó con una sonrisa de incredulidad, y Leandro bebió de nuevo unas copas, y quedó sumido en amargos pensamientos, en los que, contra su propia voluntad, resurgía el recuerdo de Mariana cual si no pudiera arrancárselo del corazón.

* * *

Horas después regresó Pancho con el importe del cargamento vendido. Y Leandro entregó a Korff los quinientos dólares.

Aquella noche, Korff, que había estado algún tiempo fuera del café, regresó más alegre que nunca.

Fué mostrando a todo el mundo un brazalete de pequeñas perlas que había comprado y, luego, acercándose a Leandro, le dijo:

—Leandro. En breve te presentaré a mi nueva novia... Supongo que la conoces. ¡Es Mariana!

—¡Buen provecho te haga! —murmuró sordamente Leandro, mordido interiormente por los celos, pero disimulando su odio.

—No hay hombre como yo... Afortunado en el juego... afortunado en amores... Mira qué regalito voy a hacerle a Mariana... Este bra-

zalete... Me ha costado quinientos dólares... los mismos que tú perdiste.

—¡Bah! ¡Perlas! ¡Bastante ruines por cierto!

—Pero ablandarán una voluntad de mujer, te lo aseguro. Ahora me voy a Tipary a buscar a la muchacha.

—Una cosa, Korff—dijo el capitán Leandro mirándole con dureza—. Te voy a proponer una nueva apuesta... Mi goleta contra la tuya... A ver qué goleta llega primero a Tipary... Si yo pierdo, te entrego mi barco... y viceversa.

—¡Hombre, encantado!... Estoy seguro de ganar yo... Y además de la mujer voy a tener a "La Niña Bonita", tu goleta... ¡Magnífico negocio!

Todo quedó convenido.

Al amanecer, iban a salir las dos goletas hacia la vecina isla.

Leandro y Pancho se dirigieron al muelle, y Korff hizo lo mismo para ordenar los preparativos de marcha.

A la hora del alba, las dos goletas hicieron rumbo hacia el Sur.

El tiempo era magnífico; el sol como un gran pavo real abría sus plumas de oro salpicando el mar azul con sus brillantes reflejos.

El cielo tenía la suavidad del zafiro y copiaba en el mar su collar de inmaculada pureza.

Leandro dirigía el timón, ansioso de llegar cuanto antes a Tipary. Pronto consiguió avanzar a su rival.

—¡Leandro nos lleva ya una milla de ventaja!—regió Korff, enfurecido—. ¡Ojalá sufriese algún abordaje!

—No es fácil, patrón.

—Parece que el viento sopla más fuerte para él que para mí.

Leandro estaba contentísimo. Ninguna goleta como "La Niña Bonita". Ya vería Korff lo que era bueno... En una sola apuesta se resarciría Leandro de todas las pérdidas anteriores.

—¡Pobre desgraciado! —dijo a Pancho—. ¡Me reiré de su suerte y de su estrella!

—No hay duda que vencerás.

—Estoy convencido... Entraremos en el puerto al anochecer... Conviene que ya nos encuentre atracados.

Y la distancia entre las dos goletas aumentaba cada vez más, como si también ellas fuesen enemigas y

"La Niña Bonita" huyera atemorizada de un perseguidor.

De pronto, uno de los tripulantes de la goleta de Leandro que estaba subido al palo mayor, oteando desde allí con sus prismáticos la lejanía, dió la voz de alarma.

—Allá parece que hay un hombre que pide socorro. Debe ser algún náufrago.

Leandro contempló con sus gemelos el horizonte.

—Ya le veo—dijo—. Está tendido sobre una barca...

—Debemos socorrerle, Leandro —dijo Pancho.

—¿Socorrerle? ¿Pero te has dado cuenta de dónde está ese hombre? Está en la dirección Este... y nosotros vamos hacia el Sur... ¡No, no!... Perderíamos demasiado tiempo.

—Pero es un deber de humanidad.

—¡Que no, caramba! Esto no es un barco de la Cruz Roja... Vamos adelante y a toda vela.

—Leandro... tú conoces bien cuán firme es mi amistad... y cómo deseo que venzas... pero no tenemos derecho a abandonar a ese desgraciado.

Pareció Leandro luchar unos momentos consigo mismo... La apuesta le exigía la continuación directa del viaje, sin estorbos de ningún género, que favorecerían a su enemigo. Mas, por otra parte, recordó los deberes de generosidad, de nobleza de las gentes de mar, la obligación de ayudarse en circunstancias parecidas.

—¡Maldito náufrago!—murmuró—. ¡Ea, virad hacia él!... ¡Lo recogeremos!

Y la goleta obedeciendo rápidamente sus órdenes puso proa hacia la dirección señalada.

Al ver Korff que su rival abandonaba la línea recta para torcer hacia el Este, permaneció unos instantes perplejo como si creyera ser víctima de una ilusión óptica. Pero no... no... veíase claramente sobre las olas la estela que dejaba el barco al girar.

—Pero ¿qué hace ese hombre?—dijo—. ¿Vira? ¡Oh, indiscutiblemente se ha vuelto loco!... ¡Viva su locura!... ¡Esta vez le ganamos nosotros cinco millas!

Y comprobó con satisfacción como no sólo alcanzaba el lugar que antes ocupaba la goleta contraria, sino que ya la dejaba atrás.

"La Niña Bonita" se acercó al

náufrago, un hombre viejo y demacrado que estaba desvanecido sobre unas tablas...

Unos marineros recogieron al desvalido y lo llevaron a bordo, procurando hacerle reaccionar con brebajes y friegas de alcohol.

El capitán, disgustado contra sí mismo por su momento de debilidad al consentir variar de rumbo, ordenó reemprendiesen de nuevo la marcha hacia el Sur, pero vió ya con indignación que la "Veloz" estaba muy adelantada.

—¡Esa tontería me ha hecho perder la apuesta!... ¡Qué loco he sido!

Tan enfurecido estaba que no quiso ver siquiera al náufrago, pues le hubieran asaltado tentaciones de echarlo por la borda.

Permaneció en el timón con el ceño grave y taciturno, mirando de vez en cuando a su goleta con una mirada de amante que sabe va a perder al ser que adora.

Pancho, que había hablado largo rato con el náufrago, acercóse al capitán y le dijo:

—El tio ese quiere hablar contigo, Leandro.

—¡Nada tengo que decirle! ¡Que se vaya al diablo y que lo echen al mar!

—Insiste mucho en ello... Dice que ha de hacerte unas confidencias, que te quiere expresar su gratitud.

—Que se la guarde... y que no vea yo a ese hombre... porque no sé si podré contenerme... Mira lo que nos ocurre por su culpa... Nos vence la "Veloz". Y tú también eres el responsable... Insististe tanto...

—No insistía. Te recordé un deber... Y tú nunca has sido sordo a los deberes.

—¡Déjame solo! ¡Vais a volverme loco entre todos!

Y quedó solitario en el timón mirando con rabia la popa de la "Veloz" que ya no era más que un punto lejano en el horizonte.

* * *

La "Veloz" llegó primero que "La Niña Bonita"... Ganaba la apuesta. Korff estaba radiante de alegría...

Era Tipary una pequeña isla donde los trabajadores del mar cambiaban dinero por amor, y amores por aventuras.

Korff, sonriente, se dirigió hacia el café, en compañía de varios de sus amigotes.

—Me gustaría ver la cara que pone ese niño al desembarcar—comentó riendo—. Pero tengo caras más bonitas que ver.

—Mariana, ¿no?—le dijo su segundo de a bordo.

—Esta sí que es una niña bonita... No la cambiaba por la mejor goleta del mundo.

—Pero esa nena no se compra, bien lo sabes.

—He visto comprar cosas mejores.

Entraron en el café, sórdido lugar, mezcla de alientos rudos, de vapores de alcohol, de fuerte humo de tabaco, de canciones en todas las lenguas...

Mariana bailaba y cantaba agitando el cuerpo de escultura, trenzando maravillosos arabescos sobre el pavimento de madera, acercándose a las mesas, bañando a los marineros en el aroma seductor de su persona para alejarse rápidamente, tan pronto ellos le acercaban las manos.

Korff, bravucón, sonriente, con un gesto de perdonavidas, con toda la arrogancia de un capitán vencedor, coronado por los laureles del más legítimo triunfo, entró en la sala y avanzó hacia Mariana.

Ella le miró con cierta prevención, como si le causara poco contento la presencia de su pretendiente.

—¡Déjame ver esos hermosos ojos, lucero!—le dijo el marino.

—¡Hola, Korff!

—Me acuerdo mucho de ti, Mariana... Mira lo que te traigo... Es un regalo de tu amigo Leandro.

Y puso en sus manos el brazalete de perlas.

—¿De Leandro?

—Sí, yo le gané el dinero en una apuesta... se está arruinando... Va a acabar mal, muy mal.

—Siendo así, no lo acepto.

—¿Por qué? Es un obsequio mío. Vamos, gatita arisca... ¿Tanto tiempo sin vernos y no me dices nada?

—Perdón, patrón... tengo que atender otra mesa.

Y con gesto malhumorado, se alejó del lado del capitán, dejando

caer al suelo el brazalete sin que Korff se diera cuenta de ello.

Entretanto, Leandro había llegado a la isla, viendo la goleta "Veloz" atracada ya en el muelle.

—¡Esto me pasa a mí por ser demasiado caballero!—dijo a Pancho—. ¡Ya ves!

—No te preocupes... No todo debe ir mal. A una ráfaga de mal tiempo sucede un sol de muchos días.

Y acarició sonriente uno de los hombros del capitán.

—¡No me molestes, Pancho!... ¡De buen humor estoy!

El náufrago acercóse a ellos.

—¡Patrón!... ¡Patrón!

—¿Tú otra vez?—le dijo Leandro con voz airada.

—Quiero hablarte, tú me salvaste la vida, patrón...

—¡Ojalá no te la hubiese salvado! Nada tienes que agradecerme.

Y sin querer atender las súplicas del pobre viejo que de tan persistente manera quería expresarle su gratitud, Leandro, en compañía de Pancho, abandonó la goleta.

* * *

Los dos hombres entraron en el café donde actuaba Mariana. Leandro contempló a la muchacha con manifiesta hostilidad.

—¡Leandro!—dijo ella corriendo a su encuentro—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Si vieras cómo te añoraba!

—¡Aparta! No tienes que decirme nada... Desde que aceptaste tu empleo, es a Korff a quien debes favorecer con tus sonrisas.

—Pero, Leandro... No seas así... Debes hacerte cargo...

El la rechazó violentamente y

Mariana quedó llorosa, contemplándole con melancolía.

¡Qué mal se portaba Leandro con ella! ¡Si era precisamente a él a quien Mariana amaba y no a otro! ¡Si a pesar de la forzada protección de Korff, el corazón de la huérfana se inclinaba hacia el patrón de "La Niña Bonita"!

Leandro avanzó hacia Korff que estaba sentado frente a una de las mesas del rincón.

—Leandro, te he ganado la apuesta —dijo Korff al verle—. Ya te lo advertí, muchacho. Conmigo tendrás siempre las de perder.

—¡Evitemos comentarios y al grano! Voy a extender el contrato de cesión —exclamó Leandro, decidido.

Escribió en la documentación de "La Niña Bonita" la operación de traspaso a favor de Korff y firmó con ira.

—¡Toma! Aquí tienes la propiedad... y que buen provecho te haga.

Korff lanzó un bufido de satisfacción y leyó en voz alta la cesión de la goleta.

—¡Y ahora dásela a ésta como regalo de boda!—añadió Leandro burlonamente mirando a su rival y a Mariana que se había acercado a ellos.

La muchachita palideció... ¡Cuán equivocado estaba su buen amigo! ¿Por qué aquella actitud enemistosa?

Jamás Mariana había dado esperanzas a ninguno de los dos, pero de inclinarse por alguien, habría sido por Leandro... Cierto que ella aceptó el empleo que le proporcionó Korff, porque la vida es una cosa que no tiene espera, pero ¿había dado ella algo a cambio de la colocación? ¡No! ¡Ni siquiera una esperanza!

Korff guardóse tranquilamente el contrato.

—¿No te lo dije, Leandro?—explicó—. Afortunado en el juego y afortunado en amores... ¡Y oídme todos, muchachos!... Vamos a remojarlo... El capitán sin barco queda invitado también.

—No acepto.

—Allá tú... Y que te vaya bien, milord.

Leandro, cabizbajo y pesaroso, salió de la estancia, yendo a sentarse a una terraza contigua.

Apuró una copa de vino deseando olvidar las hondas penas en que se veía sumido.

Una mujer se acercó a él. Iba de puntillas como si tuviese miedo de turbar su meditación. Era Mariana.

—¡Leandro!—sollozó con dulce voz.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué eres así? ¿Por qué te dejas dominar por esa innoble pasión del juego? ¿No ves como lo vas perdiendo todo? Dinero, carga, el barco... cuanto poseías...

—¿Y qué? Ya nada me importa. He perdido lo que más quería... Mi goleta...

—Lo único que querías, ¿verdad? Yo, en cambio...

—¿Tú? ¿Y aun tienes la osadía de hablar así? Demasiado sé que estás loca por Korff.

—¡Eso no es verdad, Leandro!

—No lo niegues... no lo niegues... Y haces bien en irte con el triunfador... Siempre es bueno arrimarse al sol que más calienta. Korff es hombre de porvenir.

—¿Por qué piensas todo eso de mí, Leandro? Todo lo contrario es lo que pasa por mi alma.

—¡No te creo!

Korff llegóse hasta ellos. Iba con una copa en la mano. Sonrió a Mariana y tuvo para el rival un encogimiento burlón de hombros.

—A ver, un poco de alegría —dijo a la joven—. Baila. Para esto estás aquí.

Mariana fué al salón y comenzó a cantar y a bailar una danza del país. Su dulce voz era como un lamento amoroso. Se acercaba a Leandro y a Korff y a los dos parecía rendir adoración...

Korff la cogió una vez un velo que ella llevaba anudado a la garganta, pero Mariana le rechazó.

Mariana procuraba mirar a Leandro con mayor ternura y cariño que al otro capitán.

Korff no lo entendía así y al ver pasar a Mariana ante él sonriéndole con su mirada felina, contempló a Leandro y le gritó:

—¡Lo que yo decía! Afortunado en el juego... y afortunado en amores.

—¡Eres hombre de suerte!

—Tú más que nadie lo sabes... Y chico, lamento que hayas perdido el barco, pero las condiciones no pueden volverse atrás.

—Ya te he dicho que te vaya bien... Es lo único que siento haber perdido: mi goleta... Pero algún día vendrá el desquite.

—¿Confías aún?

—Hago como aquel árabe que

esperaba pacientemente a la puerta de su casa a que pasase el cadáver de su enemigo.

—Pues mucho tendrás que esperar.

El baile había terminado... Mariana se dirigió a un rincón, preocupada y nerviosa por la manera adusta como la trataba Leandro y por la ruina en que le veía envuelto.

Korff intentó acariciarla.

—Bailas muy bien, lucecilla... Y tienes la mejor voz de las islas... ruiseñor con faldas.

—No me toques... Haz el favor.

—¿No tengo derecho a una caricia?

—¡No!

—¿Ni siquiera después del regalito de las perlas, ni de los otros regalitos que te pienso hacer?

—¡No... no... y no!... ¿Acaso tienes algún derecho sobre mí? ¡Oh, te digo que no me toques! ¡Caramba!

Y apartóse bruscamente de él.

Korff se echó a reír y murmuró:

—¡Demonio con la chiquilla! ¡Es más dura de lo que parece!... Pero yo la rendiré...¡El tiempo será mi cómplice!

Y volvió al lado de sus amigos para seguir bebiendo aquellos dorados líquidos que le sumían en un estado de dulce nirvana.

Leandro se encontraba en la terraza. Necesitaba aire, la brisa fresca del mar; se ahogaba en el recinto encerrado... Y pensaba en su vida sin objeto ya, en lo que iba a hacer a la mañana siguiente en plena ruina, sin barco, sin bien alguno para poder vivir.

Pancho al pasar por un rincón del salón vió en el suelo un brazalete de perlas... Se inclinó para recogerlo... Lo tuvo en sus manos examinándolo a la luz recordando que aquella alhaja era la misma que Korff había comprado para Mariana.

¡Qué bien iban las cosas para Korff! No tuvo la menor duda de que ella había rechazado el obsequio de su perseguidor.

Sonriente avanzó hacia Korff y sus amigos, y dijo, dando a sus frases un matiz sardónico:

—¡Nada, nada! ¡Afortunado en el juego... afortunado en amores!

Korff le contempló con hostilidad... ¿Por qué decía aquello el estúpido marinero? ¿Es que quería mofarse de él?

—¿Quieres una copa? — siguió diciendo Pancho.

—Claro que sí. Yo nunca desprecio una copa de un amigo de Leandro.

—Pues ven al mostrador.

Cuando hubieron bebido una, Pancho dijo al capitán:

—¿Por cuánto me vendes la goleta?

—¿Qué goleta?

—"La Niña Bonita".

—¿"La Niña Bonita"? Por nada del mundo.

—¿Es que no te inspiro confianza?

—No quiero que un amigo de Leandro se la lleve, ¿sabes? Además, tú no tienes dónde caerte muerto... "La Niña Bonita" la pongo mañana en pública subasta para que se la lleve cualquier perdido... Y para que veas que una cosa son los negocios y otra la amistad, soy yo quien te convido a otra copa.

—¡Acepto!

Después de libar otro licor verde, Pancho dijo:

—Oyeme, Korff... A ti que te gusta el juego, te voy a hacer una apuesta.

—Habla.

—¿Cuánto apuestas a que éste es el mismo brazalete que tú le compraste a Mariana?

Y abriendo su mano le mostró la alhaja de suaves perlas.

Korff palideció... Inmediatamente adivinó lo ocurrido... Aquella arisca mujer había rechazado su regalo... Pero temió el ridículo, las murmuraciones. Y no quiso perder su cartel de conquistador... Y respondió con tranquilidad, después de simular que examinaba con detención la joya:

—Te equivocas. No es ese.

—Acaso tengas razón... Afortunado en el juego... afortunado en amores... ¡Adiós, Korff!... Ya nos veremos en la boda de Mariana...

Y se alejó de allí, riendo a carcajadas, contagiando con su risa a los parroquianos del establecimiento y haciendo que Korff palideciera de ira y deseara apretar la garganta de Pancho hasta asfixiarle.

Mientras tanto Leandro, que habiendo permanecido un rato en la terraza, se disponía ahora a abandonar definitivamente el café, recibió de nuevo la visita de Mariana.

Con una expresión muy dulce, de mujer que quiere convencer en sus afirmaciones, le dijo:

—¡Leandro!... ¡Escúchame por favor!

—¿Para qué? Nada tenemos que decirnos.

—Sí... sí.

—¿Qué quieres? No tengo tiempo que perder... Este ambiente me mata. Querría haberlo perdido de vista para siempre.

—Me lo han contado todo... Un marinero de tu barco me ha referido lo que te ocurrió... Siento que hayas perdido tu goleta para salvar la vida de un hombre.

—Me queda aún un poco de corazón.

—¿Y no lo utilizarás para que seamos amigos?

—¿Amigos? No puede ser... Tú lo eres demasiado de Korff.

—No me comprendes, Leandro... Korff no significa nada para mí... pero le debo tantas atenciones... Me encontraba en una situación desesperada... El me ha librado de ella, proporcionándome trabajo.

—En este infecto garito, ¿verdad?

—Tú lo has dicho. Pero yo no me he manchado con su barro. Soy tan honrada como cuando entré... Tal vez más aún... He tenido ocasión de demostrarlo. Conmigo no valen bromas.

—¡Te felicito, chica!—siguió diciendo Leandro sin dar su brazo a torcer, pues amando como amaba a Mariana se sentía ofendido de que ella hubiese aceptado la protección del rival—. Ponte bajo la sincera amistad del vencedor. ¿Por qué me vienes entonces a buscar? ¡Anda, vete! ¡A mí ya no me necesitas!

—No, no te necesito.

Y furiosa al ver que era imposible romper el bloque de hielo en que él se había encerrado, Mariana se alejó y entonó un fino canto de amor que era más bien un lamento.

* * *

Leandro dirigióse a "La Niña Bonita"... Era la última noche que pasaba en ella. Al día siguiente la ocuparían sus nuevos propietarios...

¡Pobre goleta bella, copartícipe de tantas horas de inquietud, de esperanza o de dolor! Allí había pasado Leandro largos años de su vida, había cruzado con ella numerosos mares, arrostrado tremendas tormentas de las que siempre la grácil "Niña Bonita" se había salvado con una fidelidad de lebrel.

¡Adiós, arquita de los amables ensueños que también recogió los primeros suspiros de amor del marinero, las canciones típicas que añoraban la patria y la casa paterna! ¡Adiós, dulce y fraternal amiguita!

¡Ya no la vería más, ya no recorrería nunca su suelo frágil y resquebrajado! ¡Y todo por culpa de una mujer que le iba sin cesar enviando al abismo!

Por Mariana lo había perdido todo: sus ahorros, el importe de la carga, la goleta al fin. ¡Y él amaba todavía a aquella mujer, la amaba a pesar de todo, pero los celos le ponían una venda en los ojos impidiéndole discernir la realidad y creyendo que la joven le traicionaba con sus complacencias con Korff!

¡Ah, Mariana, Mariana! ¡Por ella iba a la ruina! Pero, no, no debía darse a Mariana toda la responsabilidad... Si había perdido la goleta era por su propia y exclusiva cuenta... De no haber sido tan humanitario, de no haber tenido tanto corazón, no sólo no habría perdido la propiedad de "La Niña Bonita" sino que sería también el patrón de la "Veloz"... ¡Y luego dicen que hacer el bien da excelentes resultados!

¿Qué recompensa le esperaba a él? Había salvado la vida a un viejo enfermo y desolado, y en cambio había arruinado su propia existencia de marino joven, sus posibilidades de alcanzar una fortuna... ¡y quién sabe si hasta una mujer!

El viejo náufrago que parecía encontrarse ya más mejorado de su terrible odisea, avanzó hacia el capitán y le dijo con voz débil y temblorosa:

—Patrón, tú me salvaste la vida...

—Demasiado lo sé... No me lo recuerdes.

—¡Mira... patrón... mira!... ¡Perlas!...—le dijo con febril alegría mostrándole unas conchas abiertas en cuyo intersticio había bellos y luminosos granos.

—¿Perlas?

Leandro examinó con curiosidad aquellos granos resplandecientes y legítimos. ¿Cómo aquel desdichado tenía en su poder algo tan importante?

—¿De dónde las sacaste? — le preguntó.

El viejecito eludió una contestación directa.

—¡Tómalas!... ¡Son para ti! —dijo—. Con ellas puedes de nuevo rescatar el barco. Sé que lo has perdido. Uno de tus marineros acaba de contármelo... Pues, será tuyo otra vez... Esto es dinero...

Leandro estaba turbadísimo. No había duda de que las perlas eran de la más fina procedencia... ¡Y aquel anciano se las entregaba con el júbilo de una sincera gratitud!

—Pero ¿de dónde las has sacado? —volvió a preguntarle.

—No las robé... Las saqué del mar... Yo mismo te enseñaré el lugar donde hay muchas perlas...

—¡Es curioso!

Sus pupilas se iluminaron con el fuego de la ambición.

—¡Tuyas, patrón, tuyas; son tuyas!—insistía el viejecito.

—¿Cómo te llamas?

—Nick.

—¿Quieres llevarme donde están las perlas?

—Sí, quiero... para que tú seas rico... Todo lo mereces, todo... ¡Fuiste tan bueno para mí!

Apareció Pancho. Venía optimista, risueño, celebrando la manera como se había burlado de Korff. ¡Para que éste aprendiese a vivir! ¡No le había escocido poco lo del brazalete!

—¡Hola, muchacho!—le dijo el

capitán—. Llegas en momento oportuno. Mira lo que me regala este hombre. Perlas.

La mirada de Pancho adquirió un tinte de asombro. ¿Cómo era posible que aquel náufrago, cuyo aspecto denotaba una vida de miseria y sufrimientos, fuese poseedor de tan gran tesoro?

—Son falsas, de seguro — comentó.

—Son buenas—protestó Nick—. Las saqué del mar. El patrón me salvó la vida... yo quiero pagarle... Perlas... lejos... muy lejos... En la isla de Salomón...

—Pues allá iremos—dijo Leandro con entusiasmo—. Otra vez surge mi bella estrella que ya creía para siempre eclipsada.

—¿Ir a la isla Salomón?—dijo Pancho—. ¿Pero sabes lo que es eso, amigo mío? ¿Quieres que nos coman los salvajes?

—¡Oh, los salvajes!—dijo Nick. —Los hombres negros son muy malos... Mataron a todos mis compañeros de expedición... Luego... Llevan perlas a los dioses... Yo pude huir en un bote. Y pasé muchas horas en el mar... muchos días... Y tuve hambre... y sed... mucha sed... Por fin vosotros me salvasteis...

Su debilidad y el cansancio que le había producido la explicación, le hicieron caer desvanecido.

Lo acostaron en una litera. Cuando volviese en sí le obligarían a completar su relato... Pero lo interesante era que comenzaba a surgir otra vez en la vida obscura del capitán la aurora amorosa de la esperanza.

* * *

Al amanecer llevaron a Nick a una casita situada cerca del muelle... Todos los marineros abandonaron la goleta que en breve iban a ocupar las gentes de Korff.

Como el viejo no recobraba el

conocimiento, llamaron a una mujer, una misteriosa curandera de la isla a la que recurrían todos los enfermos.

La anciana examinó al doliente y luego dijo a Leandro:

—Este hombre ha pasado muchos días sin comer... Tiene un estado de gran debilidad... Está decaído, sin fuerzas...

Ordenó que cuando volviese en sí le diesen un buen caldo y mostróse muy pesimista con respecto a su salvación. ¡Parecía tan viejo, estaba tan exhausto!

Cuando hubo salido la curandera, Leandro y Pancho examinaron de nuevo con dulce voluptuosidad las abiertas conchas, estuches de las más hermosas perlas.

—¡Es algo maravilloso!—dijo el capitán.

—¡Cuando lo sepa Mariana!

—Ni una palabra a nadie.

—Tú quieres a Mariana, Leandro, no me lo niegues.

—¿Quererla? Ya no lo sé... La quise... la amé mucho... fué en mi vida de marino mi primer amor... Pero estoy convencido de que Mariana ya no es más que la amiga de Korff.

—Te equivocas... Tal vez te interese saber que...

Y le mostró el brazalete recogido en el café.

Leandro sonrió. Por un momento el optimismo volvió a su alma, pero de nuevo los celos pudieron más que el amor.

—¡No, no quiero tratar con ella! —dijo—. ¡Es más feliz al lado de Korff!

—¿Pero te das cuenta de lo que significa que ella haya tirado el brazalete?

—A lo mejor no era de su gusto.

Entretanto, el capitán Korff había ido a visitar a Mariana que se hallaba en su cuarto tendida sobre el lecho, llorando amargamente las dificultades de aquellas melancólicas horas.

Korff avanzó sonriente y le dijo, procurando dar a sus palabras un tono de gran amabilidad:

—¿Por qué llorás? ¿Alguna desgracia, rica?

—¡No!

—Pues lo parece... Vamos, explícate...

—¡Nada... nada!

—¡Una mujercita tan linda con todo lo que le hace falta para ser

feliz! Vamos, llorar es de mal gusto.

Sus manos atrevidas quisieron abarcar el gentil talle de la muchacha, pero ella se irguió ofendida.

—¡No me toques!

—¿Por qué siempre tan esquiva conmigo, cariño? ¿Es que vas a dejarme a mí para ir con el capitán sin barco?

—¡Apártate, que me haces daño!

—¿Qué hiciste del brazalete?—le dijo de pronto, transformando la expresión de su rostro en algo hostil y violento.

—¡Lo tiré!—respondió con dignidad.

—Para convertirme en el hazmerreír del mundo entero, ¿verdad? Pues te equivocas... Te advierto que no serás nunca de Leandro, de ese perdido que no tiene dónde caerse muerto.

—No seré de él, pero de ti tampoco.

—¡Eso lo veremos! Serás mía... o de nadie... te lo prometo... Pienso marcharme pronto de la isla, y tú te vendrás conmigo.

—¡No!

—Y no huyas, no pienses huir, porque te vendré a buscar aunque sea al fondo de la tierra.

Y dejando a Mariana anegada en lágrimas, abandonó la estancia, disponiéndose a ir al muelle donde iba a celebrarse la subasta de "La Niña Bonita".

Una vez hubiese vendido el barco, marcharía de la isla y se llevaría a Mariana de grado o por fuerza. Allí no había autoridades que lo pudiesen prohibir, mandaba únicamente el capricho de los poderosos... Y en cuanto a Leandro, no le daba miedo. A ese descarriado pensaba castigarle en cuanto se le pusiese delante.

* * *

Leandro y Pancho se dirigieron a casa de cierto comerciante chino al que le dieron unas perlas, proponiéndole que les ayudase en su proyecto.

El chino, a cambio de una buena comisión, se puso por entero a la disposición de los dos amigos... Podían contar con él, sería su más eficaz colaborador.

—Tú conviertes las perlas en dinero—le dijo Leandro—. Y cuando se celebre la subasta, te quedas con "La Niña Bonita" y luego nos la traspasas a nosotros. ¿Conformes?

—¡Confía en mí!... La goleta será tuya... y nadie lo sabrá hasta que esté ya realizada la operación.

A mediodía se celebró la subasta en el puerto. Concurrieron varios postores, atraídos por la posesión de una goleta tan linda... Se aumentaron mucho las pujas, pero finalmente el chino fué el que ofreció más dinero y el que quedóse con el barco.

Firmóse la operación y el oriental pagó religiosamente el importe convenido, ante la extrañeza de los demás concurrentes, asombrados de que aquel hombre tuviese tanto dinero.

—¡No os extrañe! Yo tenía muchos ahorros... Me convierto en comerciante—decía el chino con su sonrisa ladina.

El nuevo propietario de "La Niña Bonita" se dirigió a ver a Leandro y a Pancho y les traspasó a su vez la goleta.

Por su intervención en el asunto le dieron una buena comisión que al chino le pareció fabulosa.

Leandro, satisfechísimo al verse de nuevo dueño de la goleta, dió órdenes a su subordinado:

—Pancho, que todo esté listo para salir esta misma noche.

—¡De acuerdo, patrón!

Se sentía feliz al ver recuperada "La Niña Bonita". Su buena acción como todas las del mundo, tarde o temprano, había tenido su premio. Y ahora no sólo volvía a poseer la goleta, sino que estaba en camino de ser rico, inmensamente rico.

¡Irían a las islas Salomón, a buscar perlas! Y la alegría de la ambición, el deseo de la fortuna, amortiguaba el recuerdo de Mariana, que ya pasaba a segundo término, como algo que lentamente se iba borrando de su imaginación.

La noticia de que el chino había traspasado la goleta a Leandro corrió por toda la isla, produciendo sensación.

Uno de los tripulantes de la "Veloz" fué a comunicar la inesperada nueva al capitán Korff.

—Patrón, ¿no sabe? Leandro ha comprado "La Niña Bonita" y sale esta noche.

—¡Maldición! Pero ¿ese cuadrúpedo cree que me estoy chupando el dedo? ¡Pues se equivoca! Vete a averiguar todo lo que sepas y no tardes en decírmelo. ¡Maldito canalla!

Estaban en el café. Vió pasar a Mariana y la llamó.

—¿Estás disgustada aún por lo de anoche?

—Tú dirás — contestó intentado proseguir su camino.

—Pues no te vayas, cachito de cielo... No quiero que te acuerdes de Leandro, que es un gallina... Se va de esta isla... y te abandona... Tú lo que necesitas es un hombre como yo.

—Te dije mi última palabra. Quiero ser libre. No me importunes más.

Y huyó de él como alma que lleva el diablo.

Korff permaneció largo rato en el café. Bebía lentamente sintiendo una gran agresividad a medida que aumentaban sus libaciones.

Al poco regresó su amigote, portador de interesantes noticias.

—Patrón... He entrado en la casa donde está ese viejo náufrago a quien Leandro salvó... El pobre se ha vuelto loco... No sé qué dice de las islas Salomón... de perlas... del fondo del mar... de que van a recoger nuevas conchas.

—¡Qué extraño es todo eso! ¿Será ese hombre un pescador de perlas? Ahora voy atando cabos. Lean-

dro ha comprado la goleta... y de alguna parte ha tenido que sacar el dinero... Es muy interesante averiguar lo que haya de cierto en todo eso... Vamos a ver al viejo.

Y encaminaron sus pasos hacia la barraca.

Nick estaba tendido en el lecho. La curandera les advirtió que aquel hombre se moría.

Korff y su amigo, aprovechándose de la ausencia de las gentes de Leandro, escucharon con atención lo que el anciano decía en su desvarío.

—Perlas... allá lejos... muchas... una fortuna... perlas.

—¡Habla claro!—gritó Korff—. El diablo entiende esta jerga.

El pobre náufrago sin abrir los ojos, casi ya sin lucidez, contestó, tomando a Korff por su salvador:

—Estoy muy enfermo, mucho, patrón... Voy a morir... Yo te estoy agradecido... Tú me salvaste la vida...

Korff cambió una mirada de inteligencia con su compañero... Era preciso seguir la corriente, hacerse pasar por Leandro.

—Sí, yo salvé tu vida, pero dime dónde están las perlas...

—Allá... lejos... en las islas...

—Habla de una vez.

Aparecieron Leandro y Pancho. Al ver allí a Korff inclinándose junto a la cabecera del enfermo, el capitán de "La Niña Bonita" apartó bruscamente a su enemigo.

—¿Qué haces aquí?—le dijo.

—Auxiliar a un doliente—contestó.

—Rocas... islas Salomón... perlas...—seguía delirando el viejecito.

—¡No hables más, Nick!—rogóle Leandro pasando su mano por la sudorosa frente del moribundo.

—¡Oh! ¿Con quién hablaba hace poco?—dijo Nick.—Tu voz no es la de antes. Leandro... Leandro.

—¡Soy yo...yo!... No temas.

—Me muero... no puedo más... Adiós... amigo... agradecido a ti... por... todo.

Hizo una violenta contorsión y quedó muerto.

—¡Maldición! — rugió Leandro —¡Acaba de morir!... El nos hubiera indicado el sitio preciso de las perlas. Ese maldito Korff ha precipitado su muerte.

Pero Korff había salido ya en compañía de su amigo. Los dos se-

hían a qué atenerse. Vigilarían la salida de "La Niña Bonita" y la seguirían para apoderarse de las perlas que pudiesen pescar.

El negocio es primero que el amor... Por encontrar aquellos criaderos de ostras, Korff estaba dispuesto a dejar hasta a Mariana.

* * *

En la goleta "La Niña Bonita" se estaban realizando los preparativos para la rápida marcha.

Volvía a reinar en todos los espíritus el más acendrado optimismo; iban a salir con la alegría de los antiguos argonautas hacia la conquista de la riqueza.

En el muelle, Korff estaba espiando a sus enemigos. ¡Ah, que se fuesen con cuidado, pues era preciso que contasen con él en la expedición! Dispuesto estaba a amargarles su alegría.

De pronto se le acercó uno de los tripulantes de la "Veloz", y le dijo con voz fatigada:

—Patrón, Mariana...

—No me hables de mujeres ahora... Luego me lo dirás—contestó Korff.

Y prosiguió el espionaje de los hombres de Leandro, viendo como cargaban provisiones en el barco para una expedición de varios días.

Fué espiando todos los pasos de Leandro y al ver a éste dejar la goleta y bajar al muelle, corrió a su encuentro con gesto bravucón.

—¿Te sorprende verme?—le dijo.

—¿Qué quieres de mí?—le contestó airado.

—Estoy al corriente de esa expedición de las perlas. Voy a pro-

ponerte una cosa: Iremos a medias. Justo es que yo cobre mi parte.

—Tú estás loco. Nada quiero contigo. La expedición será exclusivamente mía... y de mi gente.

—¡Maldito!

Sonaron en aquel instante unos disparos. Unos marineros de la banda de Korff habían tirado contra Leandro. Pero éste resultó ileso afortunadamente y lanzóse contra el capitán de la "Veloz".

Y mientras los dos hombres estaban enfrascados en su ruda pelea, Pancho y otro de los tripulantes que rondaba por allí, hicieron retroceder a los marineros agresores.

De un puñetazo, Leandro derribó a su rival y lo echó de espaldas al mar.

El agua se agitó... Un hombre pidió socorro.

Regresó Leandro con Pancho a bordo de "La Niña Bonita", mientras unos marineros de la "Veloz" corrían a salvar a su pobre capitán que ya comenzaba a experimentar las angustias de la asfixia.

Korff estaba furioso.

—¡Cobardes! ¿No podíais haberme ayudado antes? ¡Ah! ¿Dónde está ese canalla, dónde?

—Se fué al velero, patrón.

—¡El miserable! Pero, allá le veo, sobre cubierta... ¿Y qué es eso? ¡Mariana con él! Pero ¿qué se ha propuesto ese hombre? ¡Me las pagará todas aunque tenga que seguirle al fin del mundo!

—Patrón, yo se lo quise advertir antes—aclaró uno de los tripulantes—. Vi a Mariana rondar por el muelle...

—No perdamos tiempo. Vayamos todos a bordo de la "Veloz"... Hay que seguir a "La Niña Bonita"... Y veremos de quién es la jornada, señor capitán... No conseguiras pescar muchas perlas, por vida de...

Y alargó el brazo cerrando el puño con enérgica amenaza.

* * *

Korff no se había equivocado. Mariana estaba a bordo de "La Niña Bonita".

La descubrió Pancho oculta sobre cubierta, cerca de unas lonas.

—¡Vaya con la muchachita! ¿Qué haces aquí? ¡Se pondrá contento el patrón cuando te vea!

Ella no respondió... Su hermoso cuerpo temblaba agitado por una nerviosidad creciente.

Apareció el capitán Leandro quien lanzó una exclamación de sorpresa al ver a la mujer.

—¿Tú aquí? ¿Cómo estás a bordo?—le dijo.

—Vine huyendo de Korff—contestó ella—. Me horrorizaba permanecer más en Tipary... Y como sé que tú regresas a Macasar, por eso me he atrevido a ocultarme en tu barco.

Leandro se echó reir.

—¿Quién te ha dicho que vamos a Macasar?

—Lo supuse... ¿No es allí donde permaneces casi siempre?

—Te equivocas.

—¿Entonces...?

—Vamos en busca de perlas. Tendremos largos días de navegación sin tocar en puerto alguno.... Desembarca inmediatamente, que esta goleta no es propia para mujeres.

—¡Por favor, Leandro! ¡No me abandones! — suplicó aterrorizada —Aunque tu no quieras creerme, lo cierto es que temo a Korff, que no puedo amarle, que no le amaré nunca... Y si no me quedo aquí, él me perseguirá, me hará víctima de sus insanos deseos... ¡Déjame permanecer contigo, Leandro!

—Nuestra vida va a ser muy dura. Tú no estás acostumbrada a la

navegación... Y una vez embarcados no podemos volver atrás.

—Nada me importa yendo contigo... Leandro.

El sonrió con incredulidad. No acababa de tener fe en aquella criatura. Pero vió tal espanto en sus ojos, tanto terror ante la idea de quedarse otra vez en tierra, que quiso mostrarse condescendiente.

—Si quieres quedarte a bordo, tendrás que trabajar... Te lo advierto. Aquí no se mantiene de balde a nadie.

—Trabajaré, haré lo que tú mandes... con tal de permanecer a tu lado... de poder huir de Korff.

—¡Pues quédate! Pero quiero que sepas que no creo una palabra de lo que dices. Quieres engañarme con tus historias... Pero no lo conseguirás...

—Allá tú si no me crees.

—No hables más... y trabaja... Mira, empieza por coser estas lonas...

Ella, sin replicar, empezó su ruda labor, mientras Leandro se alejaba para dar órdenes de marcha.

La goleta se deslizó momentos después sobre la fina superficie del puerto.

Algo más tarde la "Veloz" le siguió la ruta. De nuevo comenzaba la eterna persecución entre los dos barcos enemigos.

¿Quién vencería a quién?

* * *

Llevaban varios días de navegación. Mariana, insignificante, menuda, débil, había cosido sin cesar lonas y sacos. Deseaba ganarse bien su manutención, no ser gravosa para nadie.

Leandro se había dado cuenta de que la goleta "Veloz" le perseguía, pero pronto tuvo la satisfacción de poderla dejar muy atrás. Ninguna como "La Niña Bonita" le ganaba en ligereza... Si aquel maldito Korff

se proponía llegar antes, se llevaría chasco.

Prescindiendo en absoluto de su rival, que no le interesaba y al que estaba dispuesto a vencer cuantas veces fuese necesario, fijó su atención en la linda mujer que llevaba a bordo.

La estuvo contemplando largas horas sin que ella le viera y pudo admirar su perfil, sus facciones delicadas y puras, sus ojos negros y brillantes en los que parecía imposible se hubiese albergado jamás un deseo malévolo...

¡Ah! ¿No había sido demasiado cruel con esa mujer? Tal vez fuese verdad que ella le amaba, que no le unía a Korff lazo alguno, sino el simple nexo de la gratitud que el miserable había roto con su propia conducta.

Mariana había sido el gran amor de Leandro Dupré... Y ahora, al hallarse ambos en el mar, en la soledad poética del más bello de los Océanos, el alma de Leandro experimentaba extrañas añoranzas.

Su corazón se sintió más inclinado a la ternura, al perdón, al amor. Le pareció que sus celos se desvanecían en el amplio horizonte marino. ¡Pobrecita Mariana! ¡Bien triste había sido su vida!

Había sido trasplantada a las tierras del Sur desde los primeros años de su vida, procedente de las ciudades de Norteámerica. Su madre murió a poco de desembarcar, y Mariana careció ya en sus tiempos infantiles de la incomparable compañía maternal, plena de santos consejos y de enseñanzas provechosas... El padre apenas podía preocuparse de ella, atormentado por los negocios, que iban mal, siempre mal, con una fijeza desoladora.

La niña iba creciendo entre escaseces y dificultades, convirtiéndose sin embargo en una deliciosa mujer, de líneas incomparables y nerviosas.

Recordaba el capitán sus primeras atenciones con ella; las amorosas delicias que antaño experimentó al lado de la muchacha, delicias turbadas por la presencia de Korff, el rival que había puesto también sus ojos sobre esa presa codiciada.

Después, de improviso, la muerte del padre de Mariana venía a destrozar la vida de esa criatura gentil... Pasó ella verdaderas privaciones, sintió ya cerca el aguijón del hambre y, como último recurso, se

...no parecía haberse decidido por ninguno de los dos

...procurando hacerle reaccionar...

—Afortunado en el juego... y afortunado en amores.

—Te advierto que no serás nunca de Leandro...

—¿Cómo estás a bordo?

...las amorosas delicias que antaño experimentó al lado de la muchacha...

—Yo sabré ampararte contra el mal.

...llegaron cerca de las islas Salomón...

...miraron el lugar sensación por ella...

—... ha llegado el momento de ir a buscar las perlas...

...con un cuchillo se preparó a abrirlas...

... salió precipitadamente a bordo...

—¡Dios del mar! ¡Oh nuestro dios del mar!

—Si tú te vas, regresaré a la playa.

— ... mucho ojo con lo que se hace...

Se oían sus gemidos, sus voces de acendrada religiosidad.

vió obligada a aceptar el empleo de bailarina que le ofreció Korff en el café de la isla Tipary.

Precisamente en aquel entonces Leandro se disponía a declararle su sincero amor, a pedirla por esposa. Pero al enterarse de la protección de Korff, retrocedió asustado en su camino y sintió que los celos marcaban huellas atroces en su alma.

Ese suplicio del amor que duda, del amor que se cree engañado, le había atenazado el corazón durante largo tiempo. Y sólo ahora, al ver a Mariana en su barco, humilde y sencilla, huyendo de Korff, pareció volver a renacer la confianza en su espíritu y a sentir una dulce sensación de paz como hacía tiempo no había experimentado.

Era de noche. Unos marineros cantaban unas canciones amorosas, muy populares en aquellas regiones.

El canto acabó por turbar el alma del capitán, llevándola por una senda de bondad.

Acercóse lentamente a Mariana. Ella alzó sus hermosos ojos y sus labios sonrieron levemente con una gratitud tímida.

—¿Cómo te prueba eso, mujer?

—Muy bien. No añoro la tierra, créelo.

—Ni yo...

Las canciones marineras adquirían un ritmo más dulce... Leandro preguntó con dulzura:

—¿Te acuerdas de esta canción, Mariana?

—¡Sí!

—La habías cantado cuando vivía tu padre... en aquella época feliz.

—¡Qué hermosos aquellos tiempos! ¡Ya no volverán!—musitó con triste acento.

El la cogió una mano.

—¡Déjame ver tu mano!—dijo.

Y contempló los largos dedos pinchados por la tosca aguja, rojos por el esfuerzo.

—¡Pobres deditos! — exclamó con ternura—. No debiera yo haberte permitido semejante trabajo... Vas a destrozar tus finas manos.

—¡Qué importa! Esta labor es la que me merezco por haber venido a bordo sin tu permiso.

Volvió a permanecer taciturna y de nuevo reemprendió su labor.

Leandro quería hacer las paces.

—¿Vamos a reñir eternamente, nenita? ¿No será posible que alguna vez seamos amigos?

—He cumplido tus órdenes. Molestarte lo menos posible... No ser estorbo alguno para ti.

—Bueno, seamos amigos, Mariana.

—Como quieras.

Mariana lanzó una mirada furtiva a su amigo... Vió en él otro hombre, ya no era el celoso de antes, más bien parecía un verdadero enamorado pronto a decir un madrigal poético.

Pero el alma algo voluble de aquella mujer quiso hacerle pagar cara la victoria. ¡Ah! Muchos desprecios le había dado Leandro, obligándola a coser en el barco como un marinero cualquiera, sin tener hasta entonces la menor consideración para ella... Pues bien, ahora que él parecía arrepentirse de su conducta, ella le demostraría su indiferencia, su frialdad, aunque interiormente su corazón le rindiese un culto de enamorada.

Y, acaso, por la misma frialdad que ahora Mariana le demostraba, la misma digna reserva de que ella daba muestras, Leandro se sentía más interesado que nunca.

—Mariana, ¿siempre me tendrás que tratar con esa dureza?—le preguntó—. ¿A qué ese cambio de actitud? Eso no lo hacías tú... Decías que Korff no te gustaba, pero yo...

—Yo no puedo amar a nadie—respondió con dignidad—. Y tú eres un buen amigo mío, pero nada más.

—¿Me aborreces entonces?

—No, pero no te quiero.

—¿De veras? ¿De veras?

Y clavó en ella sus pupilas enérgicas a tiempo que volvía a acariciarla.

—¡Por favor!—suplicó bajando sus ojos como si no pudiese resistir la emoción de aquella mirada.

—Mariana... déjame que te mire... que me bañe en tus ojos, más hermosos que nunca en esta noche de luna. No lo niegues, tú me amas. Yo te quiero también... Aunque tarde, he comprendido que eres una santa mujer, digna de mí, de mi cariño. Es como si el mar hubiese purificado todos mis pensamientos y te viese de otra manera que hasta ahora.

—¡Cuántas cosas dices que no sientes!

—Nunca fuí tan sincero como esta noche, bajo este cielo estrellado... A esta hora no se sabe mentir, no hay bastante voluntad para mentir... Mariana, déjame que te mire una vez más y que te diga que te

quiero... Ahora te siento mía como nunca, Mariana... Y lucharé contra todos los que te quieran apartar de mí, contra el mundo entero que se opusiese... ¡Oh! ¡Si ese maldito Korff intenta algo, yo te defenderé contra él!

—¡Korff! ¡Qué lejos está de mí ese hombre! Pero mi alma estuvo siempre más lejana aún...

—Korff no está tan lejos como te parece... Nos viene persiguiendo en la "Veloz"... Pero nada podrá contra ti... Piensa intentar un golpe doble. Apoderarse de mis perlas, y de la mejor de todas, que eres tú.

Mariana se estremeció.

—¡El otra vez aquí! ¡Qué miedo tengo, Leandro, qué miedo!... Acaso te acarree la desgracia... Tal vez por mi culpa, por haberme refugiado en tu barco, ese hombre te querrá arrebatar las perlas que puedas pescar en las islas...

—No conseguirá hacerlo... Y en último extremo, yo haría como aquel mercader del Evangelio que dió todas sus joyas por una sola más bella que las demás... Y esa eres tú... mi vida, mi bien... Mariana... te quiero con toda mi alma... he comprendido que no puedo vivir sin ti... Dime si me amas.

Mariana no supo disimular ya más su anhelo.

—¡Te quiero, Leandro! Quería ocultarte ese cariño... pero ya no puedo... La noche... tus palabras... todo... me ha vencido... A nadie tengo en el mundo... A ti confío mi vida toda.

—Yo sabré ampararla contra el mal.

La besó dulcemente en los labios... Sus ojos se llenaban de luz. Y cerca un marinero cantaba una canción de amor.

Por aquel beso que me diste,
roto está mi corazón...

* * *

A primera hora matinal llegaron cerca de las islas Salomón... Eran tierras pobladas de enormes palmeras y bambúes, árboles gigantescos que se mecían con suavidad como bajo las órdenes invisibles del viento.

Desde cubierta, Leandro y sus amigos atisbaban con atención esa vegetación verde y fecunda.

Llegaban al fin al término del viaje... y llegaban los primeros. La "Velox" había quedado muy atrás; cuando arribase a la isla, ya ellos habrían realizado su cometido.

Vieron sonrientes como se encaramaban a los árboles y saltaban de una a otra copa con prodigiosa agilidad monos y chimpancés de gestos grotescos y risibles.

Admiraron también bellos pájaros de plumajes vivos y maravillosos, misteriosas aves de un paraíso terrenal.

Mariana palmoteaba de alegría.

—¡Qué hermoso es esto, Leandro!

—¡Es divino!... Y por añadidura el fondo del mar está lleno de perlas...

—¡Ojalá encuentres muchas para que puedas ser rico!

—Hay que probar... La confianza que tengo es absoluta... El viejo perlero no pudo engañarme... ¡Ea, muchachos!... Anclad y arriad los botes... No podemos perder tiempo.

Pancho se acercó a ellos.

—¡Qué hermosa naturaleza!, ¿verdad, Pancho?

—Sí, muy bonita, pero no olvides lo que nos dijo Nick... Esta isla está habitada por negros salvajes... Y esa gente no admite cortesías ni se anda con demasiados remilgos. Hay que tomar grandes precauciones. No me gustaría acabar mis días aquí.

—No seas pesimista... Ya verás... Vamos a quemar unos cartuchos de dinamita... Si hay gente en la isla, saldrá escapada como gamos.

El capitán, Pancho y dos marineros más desembarcaron... Mariana quiso acompañarles, y Leandro tuvo que acceder ante su insistencia.

Sin moverse de la orilla, lanzaron contra la espesura de la selva de palmeras varios cartuchos de dinamita.

Oyéronse unos estampidos formidables, levantando las explosiones enorme cantidad de humo. Nadie apareció. La isla parecía desierta. O tal vez sus habitantes estuviesen muy lejos de allí, tierra adentro.

Aquella soledad, aquella quietud llenó de gozo las almas de los exploradores.

¡Magníficamente empezaba la cosa! Era un peligro menos con el que ya no habían de contar.

Entretanto la goleta "Veloz" había llegado también cerca de la isla. Desde cubierta, Korff y sus hombres oyeron perfectamente los estampidos.

Mientras, el capitán Leandro investigó un trecho de playa y convenciose de que reinaba en la isla la más absoluta soledad...

Pancho se entretuvo en coger unos cocos que regaló alegremente a Mariana.

De pronto ésta dió un chillido terrible. Sus ojos parecieron desorbitarse. Extendió los brazos en dirección a la cercana selva y su cuerpo se tambaleó como si le faltara apoyo.

—¡Allí!... ¡Allí!...

—¿Qué tienes, Mariana? ¿Qué ocurre?—dijo Leandro.

—¡Allí... allí!—repetía con espanto.

El capitán y sus amigos miraban hacia el lugar señalado por ella, la selva umbría y triste.

—Pero, Mariana... por Dios... ¿Qué has visto?

—Un negro... Le acabo de ver aparecer entre las matas... Llevaba la cara pintarrajeada... Una cosa espantosa.

—Tú has visto visiones, niña—dijo sonriendo Leandro.

—¡Que no! ¡Que no!

—A lo mejor era un chimpancé, el animal que más se parece al hombre. Vaya, no hay que asustarse.

No pareció la mujer muy convencida de que hubiese sido víctima de una pesadilla. En su mente tenía clavada la imagen de una figura ex-

traña, repugnante, como nunca había visto ninguna... Pero acabó por callar, viendo que nadie más aparecía y temiendo acobardar el ánimo de sus acompañantes.

—En la isla no hay nadie—sentenció el capitán—. Si acaso, algún elemento suelto sin importancia... Vamos a bordo a preparar el traje de buzo.

—¡Bravo, capitán!

—Yo mismo voy a meterme en el mar... Hay que buscar las perlas en seguida.

Todos se maravillaban de la serenidad que demostraba Leandro. Y el anhelo de la futura riqueza, que iba a librarles para siempre de las preocupaciones dolorosas por que hasta entonces había transcurrido su vida, les producía una satisfacción sin límites.

¡Bien por el capitán! No había hombre más valiente y simpático que él... Y miraban con emoción el mar, al que el capitán en nombre de todos iba a arrancar sus maravillosos secretos.

* * *

Ya de regreso a bordo, Leandro preparó el traje de buzo y el enorme casco protector.

Mariana, apenas repuesta de la impresión que le había causado la indudable presencia de aquella extraña figura humana que había aparecido en la espesura del bosque, contemplaba con cierto temor a su novio.

—¿Es muy peligroso lo que vas a hacer, Leandro?—le preguntó.

—No tiene la menor importancia —contestó deseando tranquilizar aquel delicado espíritu femenino—. Regresaré pronto...

—Tengo miedo, Leandro... Es tan terrible eso de meterse en el fondo del mar... Yo querría ir contigo, acompañarte siempre.

—¡Qué buena eres, Mariana! Pero tú no resistirías ese trabajo que sólo han hecho siempre los hombres. En cuestión de poco rato... Yo te aseguro que en breve regresaré.

Pancho acercóse a ellos y estrechó fervorosamente la mano del capitán, con cierta emoción que no acaba disimular.

—Bueno, Leandro, abur y buena suerte.

—Voy a ver si está todo preparado.

Dirigióse al lugar donde estaban las maquinillas que servían para mamenerle en comunicación con el exterior.

Mariana observó en el segundo de a bordo, una grave preocupación, como si realmente estuviese emocionado.

Intrigada, temiendo por la vida de Leandro, dirigióse al encuentro de éste y le preguntó:

—¿Por qué se despidió Pancho de ti?

—Somos buenos amigos y justo es que me desee buena suerte.

—Tú corres peligro, Leandro... No lo niegues... Vas a una expedición dificilísima.

—¡No temas nada, amor mío!... Dios y tu amor velarán por mí... Sería una lástima que no pudiésemos lograr lo que nos proponemos... Y ahora ha llegado el momento de ir a buscar las perlas... Adiós, Mariana, déjame mirarme una vez más en tus ojos...

Sus manos se acariciaron, cambiaron sus labios una suave caricia. Leandro ocultando la emoción de aquel instante, volvió al lado de sus amigos, quienes le colocaron el traje de buzo y el poderoso casco.

Tiraron una escalerilla al mar; varios marineros dirigidos por Pancho cuidarían de mantener por medio de cuerdas y tubos la comunicación con el buzo.

La estrambótica e impresionante figura del buzo, con el enorme y redondo casco en la cabeza que le daba cierto aspecto de monstruosidad fué desapareciendo de la vista de todos, entre la inaudita ansiedad de cuantos tomaban parte en la aventura, singularmente de la enamorada Mariana que, sin conocer propiamente la causa, se sentía inclinada al pesimismo.

Leandro, perfecto marino, hom-

bre que no le temía a la muerte, fué entrando en los abismos de Neptuno.

La luz solar parecía proyectar su claridad a través de la inmensa extensión de agua.

Iba descendiendo, llevando en la mano un cuchillo para librarse de cualquier inesperado ataque.

Veía pasar como por entre las láminas de un cristal verdoso toda la fauna oceánica: pequeños peces rojos y blancos, extraños peces cazadores cuya picadura era mortal, raros animales caprichosos, moviéndose como agitados por un frenesí epiléptico.

Por fortuna sólo encontraba especies pequeñas, minúsculas que no parecían dispuestas a agredirle... Otros peces reposaban sobre lechos de extrañas plantas cristalizadas que tenían misteriosos resplandores.

Leandro a través del cristal de su casco iba contemplando con delectación esa naturaleza dormida... La fecundidad impresionante de los parajes del Sur se reflejaba también en las misteriosas profundidades oceánicas. Había verdaderas selvas de colores en el interior, compuestas de plantas y flores combinadas, y los pobladores se deslizaban lentamente, sin hacer caso del intruso que venía a violar sus olímpicos recintos.

Y todo estaba envuelto en un silencio de ciudad muerta. Había agitación y movimiento, pero era un movimiento sin audición... Leandro, que comunicaba con el exterior por medio del tubo que le iba enviando la corriente de oxígeno, se volvía de vez en cuando, temeroso de que alguno de los grandes peces cayese sobre él estrujándolo a través de su traje de buzo.

Tenía suerte; todos los peces que encontraba eran ejemplares sin ferocidad que le miraban con sus pupilas sin luz... Vió pasar unos peces de brillantes colores como bellos cohetes artificiales de los que se estilaban allá arriba.

¡Gracias a Dios las cosas iban bien! Buscaba afanosamente entre la extraña y luminosa selva, donde había plantas que tenían ciertos movimientos como si fuesen organismos vivientes, las cerradas ostras en cuyo interior acaso se encerrase la granítica y misteriosa riqueza.

Creyó ver a lo lejos, hacia el lugar donde llegaba su visual, un pez enorme y anillado que pareció desperezarse con una lentitud de abu-

rimiento... Debía ser un pulpo... Avido se aprestó a la defensa, pero el animal se alejó como si no quisiese causar una nueva víctima, ahito ya de la carne de los pequeños peces.

Al fin, Leandro consiguió ver cerca de unos bancos de coral, unas cuantas conchas. Consiguió encontrar varias ostras y las contempló codiciosamente con la alegría infantil de un buen regalo.

Las agitó nerviosamente... ¡Si estuviesen llenas de perlas!... Pero a pesar de que llevaba un cuchillo, no quiso entretenerse demasiado en abrirlas y las ató a una cuerda, tirando de ella, para que las elevasen a la superficie.

En el barco todo era zozobra y ansiedad... ¿Qué podía ocurrirle a Leandro dentro de las profundidades oceánicas? Atentos al menor movimiento de las cuerdas y tubos, parecían avizorar con ojos enérgicos el fondo transparente de las aguas.

Al ver aparecer las ostras, todos los marineros se arremolinaron junto a Pancho que con un cuchillo se preparó a abrirlas.

Las conchas se abrieron; en el interior sólo moraba el gelatinoso animal, desperezándose nerviosamente como si le cegara el imprevisto chorro de sol.

Nada más... Fueron abriendo las demás... En ninguna de ellas había la codiciada maravilla...

—¡No hay que desanimarse! —dijo Pancho con su sonrisa de hombre acostumbrado a no triunfar sin dificultades—. Ya se encontrarán... ¿O es que creía que no hay más que llegar y besar el santo?... Atención a las maquinillas...

Y otra vez estuvieron pendientes de lo que pudiese ocurrir en el mundo líquido y maravilloso.

* * *

La dulce Mariana no se había equivocado al advertir antes la presencia de un negro oteando desde la espesura.

Aquel indígena de carne lustrosa y bárbaramente pintarrajeado con el instintivo afán de adornarse de las razas primitivas, había descubierto a los exploradores blancos. Atemorizado ante su presencia había corrido a lo lejos a reunirse con su tribu que había permanecido en sus cabañas sin osar salir ante los estampidos de la dinamita.

Al contrario de lo que habían creído Leandro y sus hombres, los negros, en vez de salir atraídos por la curiosidad, se habían refugiado en sus toscas viviendas para impetrar de sus dioses la debida protección.

Al parecer los toscos y absurdos ídolos les aconsejaron la guerra, ir al encuentro de aquella gente impura y blanca que con su carne *maloliente* manchaba la vida intacta de la isla de Salomón.

Lanzando gritos escalofriantes, acompañados del lento e impresionante golpear de unos toscos tambores, el ejército negro avanzó hacia la playa con la fuerza ciega y desesperada que sólo crea el fanatismo.

A través de los bosques de palmeras vieron la goleta anclada en la isla, inmóvil y apacible, como si estuviera simplemente bañándose en la hermosa luz solar.

Unas pequeñas figuras rondaban por cubierta; otras parecían inmóviles, de cara al mar, como si esperasen ver aparecer algo de la líquida superficie.

Uno de los principales jefes de la tribu, hombre de carátula siniestra

tra como engendro del diablo, habló a los suyos en una jerga gutural y repugnante:

—Vamos a asaltar el barco... Nuestros dioses necesitan sangre... Se la daremos de los blancos malditos.

—¡Acogedores dioses nuestros!...

Botaron unas piraguas, y, apelotonándose en ellas, dirigiéronse al encuentro de la goleta indefensa y pacífica.

Preocupados ante lo que podía ocurrir en el fondo del mar, pendientes de los arriesgados trabajos de Leandro, los tripulantes de "La Niña Bonita" no se dieron al principio cuenta de aquella plaga infernal que les iba a caer encima, nuncio de trágicas realidades.

Mariana fué también esta vez la que dió el grito de alarma, la que lanzó un chillido estremecedor, de criatura que acaba de ver aparecer un mundo de fantasmas.

—¡Mirad... mirad!

Todos alzaron los ojos y vieron avanzar las piraguas, cuajadas, como negros racimos, de salvajes.

Los indígenas hacían sonar sus lentos atambores, y los ¡rataplán! ¡rataplán! eran como la marcha de la muerte.

En sus manos nervudas de bronce agitaban sus arcos y flechas, prontos a atravesar con ellos a los blancos.

No había tiempo que perder...

—¡A defenderse todos! — dijo Pancho—. ¡Atrás... atrás!...

Con el instintivo terror del pánico, abandonaron las maquinillas que daban aire al solitario buzo, y corrieron hacia el centro del barco buscando el mejor medio de defenderse tras las puertas de los camarotes.

Pero era demasiado tarde ya para escapar... Las piraguas tocaron uno de los flancos de la goleta, y una nutrida legión de hombres saltó precipitadamente a bordo, esgrimiendo sus armas, lanzando gritos de sonido inarmónico, invocando a todas sus horribles divinidades para alcanzar la victoria.

Los marinos blancos dispararon sus armas, pero apenas pudieron hacer resistencia. Como una tromba cayó la bárbara turba sobre ellos pasándolos a cuchillo, atravesándolos con sus flechas mortales con la voluptuosidad de un cazador criminal.

Pancho había cogido a Mariana y procuraba ocultarse en uno de los rincones de la goleta.

Ella lloraba, presa de nerviosidad febril.

—¡Qué muerte tan horrible nos espera! Y hemos abandonado a Leandro. Tal vez a estas horas esté también muerto.

—¡No te preocupes de él, Mariana! Tiene cuchillos, sabe nadar, puede volver a la superficie... Nosotros somos los que corremos más peligro. No nos movamos de aquí.

Y se acurrucaban tras un montón de cuerdas.

De pronto unos negros les rodearon... Daban grandes gritos al ver a la mujer, la flor blanca preferida de los dioses.

Mariana cerró los ojos disponiéndose a esperar la muerte. Dijo mentalmente una oración: evocó el nombre de Leandro.

El jefe de la tribu ordenó con amplio gesto que no matasen a la muchacha.

—Nuestros dioses esperan un doble sacrificio... El de un hombre y el de una mujer... Aquí tenemos a los dos.

Los blancos forcejearon inútilmente para librarse del áspero contacto de aquellas manos que eran como garras de chimpancés... Pancho quiso huir, pero de nuevo le cogieron impidiéndole todo movimiento.

Mariana sentíase pronta a desvanecerse... Vió junto a sí una figura espantosa, carátula de pesadilla, de esas que sólo surgen en la mente de las víctimas del delirio.

La bestia negra se inclinaba hacia ella, mostrándole dos hileras de dientes de lobo.

La mujer lanzó un grito y cayó sobre la madera pesadamente. Había perdido el conocimiento, y Pancho vió como cuatro negros se la llevaban de allí en hombros, cual si cumpliesen un rito.

Más que por su propia suerte el buen marino tembló por la de la pobre mujer.

¡Qué horribles suplicios inventarían contra ella! Estaba convencido de que iban a sacrificarla, a beber su sangre, luego de atormentarla con la delicia de los malos instintos.

—¡Dejadla! ¡Dejadla estar! —gritaba—. ¡Matadme a mí... pero a ella no... a ella no!

Sin escucharle, arrastraron a aquel hombre a una de las piraguas donde también habían depositado el cuerpo inanimado de Mariana.

¡Malditos! Seguramente que iban

a inventar para ellos dos los más espantosos suplicios... En aquel instante pasó por su imaginación el recuerdo de todas las torturas que les habían contado eran capaces esos pobladores negros, antropófagos, que consideraban la carne humana como el más rico de los manjares y lloraban su mala suerte cuando se veían obligados a comer el cuerpo de los otros animales inferiores.

¡Terrible epílogo de aquella excursión desdichada! Todos muertos. Leandro, perdido y asfixiado probablemente en el fondo del mar. Mariana y él, sacrificados a los más absurdos y locos cultos...

Se agitaba con desesperación, pretendiendo levantarse, pero era contenido por los negros...

De repente vió como la goleta se incendiaba, como las llamas hacían presa de ella con devoradora avidez.

¡Todo inútil ya! ¡Ni siquiera les quedaba la última y débil esperanza de poder huir! "La Niña Bonita" perecía también a manos de los salvajes... Como todos sus tripulantes, su vida se iba a extinguir penosamente...

Estaba encendida por los cuatro costados... Las llamas la envolvían como en fantástica nube... También parecía bañada en sangre, la sangre caliente del fuego...

Pancho lanzó un gemido de desesperación... Era el primer lamento que surgía de su pecho desde que tuvo uso de razón... Comprendió que era absurdo resistir... Los negros bailaban en la piragua y lanzaban estentóreos chillidos acompañados de los más absurdos gestos y movimientos. Parecían rebosar de satisfacción. La jornada había sido completa.

Miró a Mariana y sintió que las lágrimas le humedecían el rostro. Ella, no, ella no debía morir... Y tendido en el fondo de la piragua alzó los ojos al cielo azul, deseando encontrar en la inmensa bóveda la dulce y consoladora protección del más allá.

* * *

Tuvo Leandro la certeza de que algo muy grave, muy terrible, había pasado allá arriba... Sintió como desde el barco dejaban libre el tubo y las cuerdas que comunicaban con él.

No era posible creer que aquello dependiese de un descuido, ni de una traición. No. Confiaba en cada uno de sus marineros como si fuesen buenos hermanos suyos.

Temió más bien en un ataque de las gentes de Korff... Este miserable les había seguido, acaso hubiese adelantado mucho en estas últimas horas y cogiendo desprevenido a Pancho y a sus amigos, habría caído sobre ellos consiguiendo hacerles prisioneros.

No llegaba al fondo del mar, envuelto en un silencio absoluto como si todo estuviera recubierto del más espeso algodón, el menor eco de lo que podía suceder en el exterior.

Leandro no se amilanaba ante ningún peligro... Se sentía dichoso, pues habiendo abierto varias conchas encontró en ellas numerosas perlas que se guardó en un bolsillo. Lentamente consiguió subir a la superficie, pero su ascensión fué penosa y cansada, debiendo luchar contra los primeros síntomas de asfixia.

Al cabo de extraordinarios esfuerzos consiguió ganar la línea del mar y reaparecer en la superficie... En su camino por dentro del agua se había desorientado y surgía ya a bastante distancia de la goleta... Pero ¡qué tremendo espectáculo se presentó ante sus ojos!

Creyó por unos momentos estar soñando, pasó sus manos por la mirilla del casco, como si pensase que hubiesen quedado adheridas a él al-

gunas algas de vivos colores que le produjesen ahora una ilusión óptica.

Desgraciadamente no era así. La goleta "La Niña Bonita" estaba ardiendo por los cuatro costados.

Le dió un vuelco el corazón, creyó morir... ¿Qué había pasado? Buscó inmediatamente la otra goleta agresora, pues no había duda que se trataba de Korff. Pero no vió otra embarcación que aquel conjunto de llamas, como un volcán ardiente.

Dirigió entonces sus ojos a la playa y vió algo todavía más terrible que lo anterior... Una legión de negros que saltaban y bailaban con gozosos y brutales movimientos.

Le pareció distinguir unos cuerpos blancos en el centro del nutrido grupo.

Serían sus amigos, tal vez Mariana, la mujer por la que él ya hubiese dado su vida...

Sintió como a través de su recio traje, su cuerpo se estremecía con cierto terror infantil.

No reparó en los peligros que podía correr, sino que pensó en Mariana y en la muerte que aquellos salvajes la iban tal vez a dar. Y dispuesto a todo para averiguar la verdad, nadó hacia la playa, y ya en tierra firme, vestido con la escafandra que le daba un aspecto sobrenatural, se internó por los vericuetos de la isla.

Acercóse a unos árboles y empezó a golpear el casco contra uno de los recios troncos sin conseguir quitárselo... Tendría que resignarse a permanecer con aquella indumentaria dificultosa que le impedía la libre espontaneidad de sus movimientos. Pero logró abrir la mirilla y respiró a grandes y bellas bocanadas la pureza del aire libre. Al mismo tiempo percibió un extraordinario rumor, un griterío espantoso... Eran los salvajes que acaso estuviesen realizando algún sacrificio humano. Se le erizó la piel sólo al considerar esta posibilidad...

Y dispuesto a perecer también con sus compañeros o a procurar una salvación temeraria, avanzó en la dirección donde se escuchaba el formidable griterío.

Adoptando toda clase de precauciones, debiendo avanzar con una lentitud desesperante, sorteando las matas y abrojos que encontraba en el camino, las manifestaciones de una vegetación exuberante, consiguió llegar a las cercanías de una cueva donde se habían reunido los indígenas.

Oculto tras unos matorrales pudo ver por la amplia entrada de la gruta lo que ocurría en su interior.

Era una cueva sórdida y mal iluminada por antorchas que daban siniestros reflejos a los numerosos cráneos que a guisa de friso había en las paredes.

En el centro hallábase una extraña y pequeña escultura negra ante la cual se inclinaban los indígenas... Leandro comprendió inmediatamente que aquel muñeco debía ser un dios, el fetiche bárbaro al que rendían de grado tanta absurda pleitesía.

Nutridos grupos de negros con el rostro pintado y de musculares cuerpos casi completamente desnudos, danzaban extraños bailes como de homenaje o gratitud.

Cuatro negros llevaban en lo alto, como en una especie de bandeja para el sacrificio, a la pobre Mariana que aparecía inmóvil con los ojos cerrados y la cabeza caída.

La indignación hizo temblar al capitán. ¿La habrían matado ya aquellos hombres? ¡Oh, era preciso enterarse, saberlo todo!... Vió también a Pancho, a su fiel y abnegado amigo atado al tronco de un árbol... ¿Y dónde estaban los otros compañeros? ¿Habrían podido escapar? ¿Estarían muertos? ¿Habrían perecido en la defensa del barco?

* * *

La presencia del capitán, del extraño hombre, no había pasado inadvertida para varios negros.

Cuando Leandro surgió a la superficie, algunos indígenas que estaban cerca de las matas, le contemplaron con un espanto inaudito. Aquella figura rara, misteriosa, con la cabeza de acero y el cuerpo voluminoso de extraordinarias propor-

ciones, hizo creer a los supersticiosos negros en la presencia de algo sobrenatural.

Ellos tenían un dios para cada cosa, para la tierra, el mar, la luz, el aire, el fuego, los misteriosos fenómenos que no se explicaban nada más que sometidos al influjo de una divinidad... Y al ver surgir a Leandro del fondo del océano, le creyeron un dios: el dios del mar... Y después de contemplarle con la emoción de los creyentes ante un milagro, corrieron a la cueva a comunicar a sus compañeros lo que acababan de ver.

No pareció el jefe creer demasiado lo que decían sus hombres. ¿Cómo era posible que uno de los dioses se resignase a aparecer en la tierra para darles el supremo consuelo de su compañía?

Sin embargo, ante la insistencia con que aquellos negros aseguraban haberle visto surgir del agua, acabaron los demás por creer y todos juntos se postraron ante el ídolo pidiendo que, toda vez que el dios había salido de las aguas abandonando su gélido mundo, se dignara visitarles.

Bien ajeno Leandro a que pudiesen elevarle a categorías sublimes, se dispuso a salvar a sus compañeros. Ignoraba cómo hacerlo, pero él era hombre de recursos y había que realizar algo para defenderles de la barbarie triunfadora.

Se alejó de la cueva a fin de procurar de nuevo romper el traje y poder quedar desembarazado para la más rápida acción.

Consiguió finalmente quitarse el vestido, pero le fué imposible hacer lo mismo con el casco.

Instantes después unos negros le descubrieron y empezaron a dar grandes gritos, diciendo que el dios del mar estaba allí, que era el mismo que habían visto surgir de las olas.

Leandro se aprestó a la defensa, intentó huir, pero vió con la mayor sorpresa que los negros en vez de atacarle, se postraban ante él y entonaban cánticos que no tenían la agresividad de antes.

¿Qué podía significar aquéllo?

Los cuerpos se doblaban ante él, los labios besaban el suelo en señal de penitencia.

Sin saber a qué atribuir aquella adoración, quiso sin embargo Leandro sacar partido de ella. Y en vez de retroceder, avanzó hacia ellos, dirigiéndose en dirección a la cueva.

—¡Es el dios del mar! ¡Es el dios del mar!—clamaban aquellas gentes ingenuas.

Y desde el jefe al más humilde de los negros, cayeron de hinojos ante la aparición que conceptuaban sobrenatural.

Leandro a través de su mirilla contemplaba con extrañeza aquel homenaje inesperado... Los negros se postraban con una humildad de fanáticos prontos a morir para no desagradar al dios...

El capitán acercóse a Mariana a la que habían dejado en tierra. La joven había recobrado el conocimiento y miraba sin atreverse a hablar, pero con el rostro bañado por la esperanza, al capitán.

Leandro la sonrió y sus ojos parpadearon con una luz de optimismo.

Después se acercó a Pancho. Este, que había recobrado su humor al ver lo que estaba ocurriendo, y que entendía algunas palabras de la extraña lengua indígena, murmuró a su amigo:

—Te toman por el dios del mar. Procura hacer milagros. Es lo único que nos puede salvar.

El capitán hizo un gesto afirmativo.

A pesar de la gravedad de la situación, Pancho no pudo menos de sonreírse ante la insólita y ocurrente escena. Su amigo elevado por el casco de buzo a la categoría de dios, y una legión de salvajes rindiéndole una adoración ciega y capaz de todos los sacrificios.

El jefe de la tribu y los magnates pricipales se acercaron a Leandro invitándole a sentarse en una especie de poyo.

Leandro comprendió que era necesario demostrar que allí no había quien le pudiese hacer sombra. Y cogiendo desdeñosamente la figura del fetiche la echó al fuego y él se colocó en el lugar que antes ocupaba la estatuilla.

Nadie osó protestar. Los negros se inclinaron de nuevo y después entre cánticos extraños se acercaron a él y le ofrecieron toscos objetos, lo mejor que ellos tenían, como místico tributo.

Leandro, cansado de aquella comedia, ordenó de pronto a todos sus fieles, que se retirasen, y ellos obedecieron, quedando en el exterior, velando la soledad de su dios.

Iban los indígenas a sacar de la cueva a los dos blancos, pensando en la conveniencia de sacrificarlos

inmediatamente al dios del mar, pero el brazo protector de Leandro, con un gesto, exigió que los blancos no se moviesen de la gruta.

Cuando los tres supervivientes de "La Niña Bonita" quedaron solos, Leandro abrió la mirilla y en voz muy baja dijo a sus amigos:

—Es necesaria mucha prudencia... Procuraremos huir sin despertar sospecha alguna.

—Pero ¿cómo, Leandro? ¿No nos matarán al vernos escapar?

—¿No me creen el dios del mar? Pues bien... desapareceremos en el agua.

—¡Oh, imposible, Leandro!—intervino Pancho—. ¿No te has dado cuenta de que la goleta está incendiada?... No podemos huir de aquí...

—Es cierto. ¡Maldita sea!

—Voy a quitarte el casco, Leandro...

—No, todavía no. Espera. ¿Quién sabe si habrá aún algún medio para poder escapar? No perdamos del todo las esperanzas... Tengo que advertiros una cosa... Posco muchas perlas...

—¿De qué pueden servirnos ya?

—¡Quién sabe! Pero ¿qué es eso? ¿Quién nos ataca ahora?

La isla parecía vomitar fuego... Se oían terribles explosiones como barrenos de dinamita.

Leandro salió al exterior a ver lo que pasaba... Los negros, horrorizados, habían marchado hacia la playa.

* * *

Eran efectivamente cartuchos de dinamita los que habían caído en la isla.

Había arribado ante la isla Salomón la goleta "Veloz"... El capitán Korff, al ver los restos incendiados de "La Niña Bonita", frunció alarmado el ceño.

¿Qué les había ocurrido a Leandro y su tripulación? Tuvo la sospecha de que habrían sido víctimas de los salvajes... Era necesario tomar enérgicas precauciones antes de que ellos sufriesen suerte parecida... Debían buscar las perlas sin contratiempo alguno y sin el temor de que los negros cayeran sobre ellos como manadas de lobos.

Anclaron en la isla y armados hasta los dientes desembarcaron para barrer todo peligro. Avanzaron con rapidez por la isla, quemando incesantes cartuchos de dinamita que en su aterradora explosión derribaban los seculares árboles.

Pronto se convencieron de que sus sospechas no habían sido infundadas. Los negros estaban en la isla. Había que vencerlos y desalojarles de ella para poder trabajar con libertad.

El ataque fué violentísimo. Armados no sólo con la dinamita sino con fusiles y revólveres, causaban gran mortalidad a los indígenas.

Estos, aterrorizados ante el avance de los hombres blancos, corrieron a la cueva a pedir auxilio al dios del mar.

Leandro se hallaba aún con sus amigos. Acababa de darse cuenta de lo que sucedía. Seguramente que la partida del capitán Korff había asaltado la isla. Uno de los jefes se acercó a él y le dijo:

—¡Si eres un verdadero dios, líbranos de esos blancos malditos!

Se oyó un griterío espantoso y los negros perseguidos a tiros por las gentes de Korff, escaparon horrorizados. Viendo que el dios del mar no les salvaba y permitía que muchos negros hubiesen perecido a manos de los eternos enemigos de su raza, comenzaban a experimentar el terror de los que ven han de fiarlo todo a sí mismos.

Y huyeron a la desbandada desparramándose por los lejanos rincones de la isla en busca de un sitio de paz.

Leandro y sus amigos comprendieron que aquel era el momento propicio para escapar. Pero cuando ya iban a llevar a término su fuga, se presentó una nueva legión de negros cogiendo al capitán y obligándole con un terror desesperado a seguirles.

—¡Marchad! — dijo Leandro a Mariana y a Pancho—. Acercáos a la playa. Procuraré luego reunirme con vosotros.

Mariana tuvo que contenerse pa-

ra no caer a los pies del dios del mar... que era también su dios de amor.

—¡Vete... vete!—le suplicó el capitán—. Creo poder volver en seguida.

Y desapareció en compañía de los negros.

Mariana y Pancho emprendieron su marcha hacia la playa. Pero pronto pudieron observar con desesperación que las gentes de Korff les seguían.

Aceleraron la carrera, mas, desgraciadamente, Pancho puso el pie en terreno falso y cayó en una especie de hoyo.

Quiso Mariana detenerse a prestarle auxilio, pero la fosa era muy profunda.

—Sigue tu camino—le dijo el segundo de a bordo—. Vete a la playa.

—Quiero permanecer a tu lado...

—¿No oyes pasos? Nos van a detener a los dos... Marcha en seguida. Sigue tu camino...

Comprendió Mariana que le sobraba a su amigo la razón, y prosiguió su marcha en dirección a la playa.

El capitán Korff y sus gentes llegaron minutos después junto a la zanja en la que estaba Pancho sin poder salir a pesar de sus esfuerzos, debido no sólo a la altura en que se hallaba sino al magullamiento de su cuerpo.

Korff lanzó un grito de alegría al ver a aquel hombre. Unos marineros sacaron a Pancho del hoyo y el capitán se rió insolentemente de él.

—¡Todo va bien!—dijo—. Los negros han escapado... y creo que hemos llegado a tiempo para impedir que pesquéis perlas... ¡Ah, pillo! Tengo muchas cuentas contigo.

—¡Agua!... ¡Dadme un poco de agua!—murmuró Pancho.

—Te daré agua... si me contestas a lo que voy a preguntarte. ¿Dónde está Leandro Dupré? ¿Qué es de ese hombre?

—No lo sé.

—¿Y Mariana?

—No la he visto.

—¿Dónde están los tripulantes? Habla... si no quieres morir aquí mismo.

—Los negros degollaron a todo el mundo, menos a Mariana, a Leandro y a mí—contestó—. Ya lo sabéis todo.

Sin querer se estremecieron ante la desdichada suerte de aquellos hombres.

—Llevad a ese hombre a bordo —dijo el capitán—. Ya veremos lo que se hace con él.

—¿Me darás de beber?

—Antes tiraría el agua al mar. No esperes que te dé una sola gota.

—¡Canalla!

—Te pago como te mereces.

Echaron a andar en dirección a la playa... De pronto, el capitán Korff descubrió el traje de buzo de Leandro.

—¡El traje de buzo!—exclamó. —Esto demuestra que el maldito Leandro fué ya en busca de las perlas. Pues yo he de encontrar a ese hombre aunque me cueste la vida...

—Pero, capitán... ¿y si vuelven los negros?

—Tenemos cartuchos para echarlos de aquí... Hemos de enterarnos de si Leandro vive o está muerto... No hay duda que debe tener las perlas en su poder.

Iban ya a salir de la espesura del bosque cuando vieron a Mariana.

Desfallecido, Pancho intentó escapar para ir a advertir a la dulce mujer el peligro en que se hallaba. Pero le impidieron hacerlo, y aunque Mariana intentó escapar, pronto cayó bajo las garras implacables de Korff.

—Ya os vamos encontrando a todos—dijo Korff acariciando temblroso el rostro de la deseada—. ¿Quién de vosotros tiene las perlas?

—Yo nada tengo... yo nada sé—murmuró la pobre mujer.

—¿Por qué escapaste de mí? ¿Preferiste ir en "La Niña Bonita" que en "La Veloz", ¿verdad?... Pues vas a pagar cara tu elección. Yo te prometo que en lo sucesivo no te moverás de mi lado.

—Jamás seré tuya... jamás...

—No lo digas tan alto... Y dime dónde está Leandro.

—No lo sé, pero tampoco te lo diría aunque lo supiese.

—Ese perro debe tener las perlas... Estoy seguro... ¡Si consiguiese alcanzarlo! Voy a hacer una nueva exploración. Me da el corazón que lo he de hallar. Venid conmigo.

—¿Y qué hacemos con los prisioneros, capitán?

—Llevadlos a bordo vosotros tres —dijo, señalando a unos marineros—. Yo iré después...

Y los arrastraron casi materialmente hacia la playa.

Pero los negros, llevando al frente a su dios del mar, a Leandro, que iba barruntando el mejor modo de

salvar a sus compañeros, hicieron su aparición.

Korff y sus hombres se defendieron valerosamente contra los indígenas. Reinaba una confusión espantosa...

Pancho aprovechó aquel instante de lucha para coger a Mariana y huir con ella. Tenía un plan. Iría a la goleta "Veloz" y se apoderaría de ella. Era el único medio para poder escapar definitivamente de la isla.

La pelea era terrible y mortífera... Leandro llevaba aún su casco de acero... Se apartó a un lado, dejando que los contendientes se despedazasen como fieras.

A él sólo le interesaba Mariana y los suyos...

Korff se alejó del lugar de la pelea y viendo a Leandro corrió a su encuentro armado de un cuchillo.

—¡Ah, maldito! — le gritó —. ¡Ahora vas a ver lo que les pasa a los que son enemigos míos!... ¡Toma!

Fué a clavarle el puñal, pero Leandro esquivó el golpe... El casco le impedía la completa visión para defenderse de su adversario.

—¡Por fin... por fin te tengo!... ¡Dame las perlas, bandido!—rugió Korff.

—Aun no me tienes, Korff...— decía Leandro cogiéndole enérgicamente por la mano con la que empuñaba el cuchillo.

Korff pudo de nuevo librarse de él y en un momento de superioridad fué a clavar el puñal en el pecho de su enemigo.

La providencia, que para sus fines se vale a veces hasta de lo más ruín y miserable, veló una vez más por la integridad de aquel noble marino.

Uno de los negros que encaramado en un árbol presenciaba la lucha entre el dios del mar y aquel enemigo blanco, al ver como éste iba a dar muerte al dios, le arrojó con magnífica puntería una flecha envenenada.

El terrible y fino hierro entró por la espalda de Korff y la punta apareció teñida en sangre por el pecho.

El desgraciado no pudo ni articular un grito... Llevóse repentinamente las manos al corazón y desplomóse en tierra mientras su rostro adquiría una mueca de trágico sufrimiento.

Leandro contempló con horror el

fin de su enemigo... Pronto se vió rodeado de negros que celebraban con grandes cánticos su victoria.

La empresa había resultado trágica para la expedición de Kroff. Cuantos habían desembarcado con éste en la playa, habían sido muertos.

La barbarie negra no respetaba vida alguna... y si Leandro se salvaba era debido a que le consideraban una divinidad... Leandro no podía quitarse el casco... que era su salvoconducto, la fuerza de su poder... Lentamente, luego de dirigir una postrera mirada al enemigo caído, avanzó en dirección a la playa.

Los negros se inclinaban a su paso, murmurando con grave y reposada voz, emocionada por la victoria:

—¡Dios del mar! ¡Oh, nuestro dios del mar!

* * *

Mariana y Pancho nadando llegaron hasta la goleta "Veloz". En ésta habían quedado solamente tres marineros que se vieron sorprendidos por el empuje rudo de Pancho, quien pronto, llevado de su corpulencia, les dejó imposibilitados de defenderse y los metió en uno de los camarotes, ayudándole Mariana a atarlos a todos.

Luego, Pancho se dirigió a cubierta. Fijóse en la playa y pensó en lo que habría sido de Leandro.

Una visión terrible se presentaba ante sus ojos. Si seguían allí, sin moverse, era seguro que los negros, rehechos, se lanzarían contra la goleta "Veloz" y darían muerte a cuantos allí encontrasen. Poca gracia le hacía a Pancho la idea de ser tostado dentro de una caldera hirviente...

Aun esperó largo rato a ver si aparecía Leandro en la playa, pero

en la orilla reinaba el más absoluto silencio. Tal vez el capitán hubiese perecido en manos de los salvajes.

Desalentado, pensando en la necesidad de tomar una determinación grave, volvió al lado de Mariana que vigilaba a los presos.

—No podemos esperar más—le dijo a la joven—. Nos exponemos a que los negros hagan con el barco lo mismo que hicieron con "La Niña Bonita". Y además, también puede regresar el malvado capitán Korff y su gente... y nuestras vidas peligran entonces del mismo modo.

—Yo no me marcho... Si tú te vas, regresaré a la playa.

—Pero ¿por qué esa absurda actitud?

—Yo no abandono a Leandro. Iré a buscarle a la playa. Necesito vivir con él... o morir con él.

—Tú estás loca, muchacha... También yo querría que Leandro estuviese con nosotros, pero ¿no ves como pasa el tiempo y él no vuelve? Y nuestra situación se agrava... y, francamente, eso de morir...

—¡Vete tú! — respondió con el heroísmo del verdadero amor—. A mí no me importa morir si Leandro ha muerto. Quiero ser suya por toda una eternidad.

Pancho hizo un gesto de disgusto. ¡Demonio! También él era un gran amigo de Leandro, pero no podían seguir en la espera, pues si los salvajes se apoderaban de "La Veloz", la última esperanza de escapar habría desaparecido.

Habló con los marinos que había apresado a bordo y les rogó le ayudasen.

—Mi capitán, lo mismo que el vuestro, debe haber perecido a estas horas en manos de los salvajes... Si permanecemos aquí un momento más, nos espera el mismo fin... Vosotros decidiréis si queréis ayudarme a regresar de este viaje... o preferís servir de carne cruda a los negros.

Los marinos, ante el imperativo de perder la vida, no vacilaron. Se entregaron sin miedo, sin reserva alguna, a aquel marinero que podría guiar el barco y alejarlo de aquellas tierras malditas.

Mariana volvió a suplicar ardientemente a Pancho que permaneciese allí.

—¡Es imposible, muchachita, es imposible! — le murmuraba —. Leandro debe haber muerto. De lo

contrario habría aparecido ya en la playa.

—Pues yo quiero irme a la costa... buscarle... quedarme con él.

—Sí... y luego servir de guiso a esos salvajes... ¡Bonito programa!

¿Qué me importa todo ya, si he perdido lo que más amaba?

Pancho sentía respeto por aquella mujer. Pero le habló con energía:

—No, Mariana, no. Si Leandro viviera, estoy seguro que aprobaría mi determinación. Yo no puedo dejarte abandonada en la isla... Y el único medio de salvarte es huyendo de aquí.

Pancho desató a los marineros y Mariana le ayudó en su tarea.

—A cubierta todos — dijo Pancho— y mucho ojo con lo que se hace. Al menor intento de sublevación sabréis quién soy yo.

Se dirigieron todos a cubierta. Mariana insistió aún en que Pancho la dejase partir.

—¡No!—repitió una vez más el buen amigo—. Leandro no vive.

—¡Quiero convencerme de ello!

—¡Valor, Mariana, valor!

Mariana extendió en aquel momento los brazos en rápido gesto de esperanza.

—Pancho! Mira... mira... allá en la playa... salvajes... y Leandro. ¡Leandro! ¡Le respetan!... ¡Ya decía yo que vivía! ¡Qué alegría, Dios mío, qué inmensa alegría!

Todos contemplaban con atención lo que pasaba en la playa.

Leandro se había puesto de nuevo el traje de buzo y avanzaba ahora en dirección al mar.

Los negros le seguían a respetuosa distancia, postrándose de hinojos a cada momento.

El capitán miró la goleta "Veloz" y distinguió en ella a una mujer entre varios hombres.

Su corazón dió un nuevo vuelco. ¡Mariana! Ignoraba que estuviese ya libre, pero estaba dispuesto a ir hacia ella y a salvarla de sus enemigos.

De Korff ya nada debía temer: allí quedaría para siempre. La voracidad antropófaga no respetaba siquiera la carne de los muertos.

Después del combate en que los negros habían salido vencedores, Leandro, bien seguro en su papel de dios, se había dirigido hacia la costa... y los negros le rodeaban con fervorosa admiración... pues creían que debido a su intervención habían obtenido el triunfo.

Leandro se dispuso a hundirse en el mar. Volvióse hacia los negros que le seguían rindiéndole acatamiento...

El falso dios les hizo un gesto de despedida al que correspondieron inclinándose más y más y besando la arena en símbolo de acatamiento y humildad.

Lentamente Leandro metióse en el agua... Iba descendiendo con pausa dejando ya sólo ver el casco.

—¡Dios del mar! ¡Oh, dios del mar!—decían aquellos incautos salvajes admirados del poder de la divinidad que ahora regresaba a los reinos misteriosos del agua.

El casco se fué hundiendo y pronto desapareció por entero de la vista de los negros, los cuales permanecieron aún largo rato tendidos en la playa con los torsos desnudos en actitud servil.

Desde "La Veloz", Mariana, Pancho y los marineros habían contemplado con extraordinario interés la desaparición del buzo. Adivinaban que su amigo iba a reaparecer de un momento a otro junto a la goleta.

Minutos más tarde vieron cumplido su anhelo. Por la parte de estribor apareció el buzo, quien fué izado inmediatamente a bordo.

Pancho y Mariana, con intensa emoción, le quitaron el traje y el casco, y por primera vez después de tantos peligros, los labios de los dos enamorados se unieron llenos de amor.

—Leandro, yo estaba segura de que volverías... No era posible que perecieses... Pancho quería marchar sin ti... Temía un ataque de los negros...

Pancho quiso defenderse explicando avergonzado su actitud. No lo había hecho precisamente por él, sino por Mariana. Desgraciadamente, suponía que Leandro había perecido... y no quería exponer al mismo fin a Mariana.

—No tienes por qué disculparte, amigo mío—le dijo el capitán—. Hiciste bien. Había motivos para creer que yo no regresaría nunca... Y Mariana debía vivir. Por fortuna, ya el buen tiempo nos sonríe... Korff está muerto, así como la mayoría de sus hombres. Pero ¿qué es esto? Hasta ahora no me había dado cuenta. ¡Esta es la goleta "Veloz"!

—Sí. Nos hemos apoderado de ella, y los tres marineros que que-

dan a bordo se han sometido de buen grado a mi autoridad, pues quieren regresar a sus islas.

—¡Sí, huyamos de aquí! Pero ¿y los otros, los demás compañeros de "La Niña Bonita"? ¿Dónde están?

—Amigo mío, Leandro. No todos han tenido la suerte que nosotros. Fueron pasados a cuchillo por esos salvajes.

—¡Pobres amigos nuestros!

Inclinó el rostro musitando una oración por sus almas.

—Y al fin para nada—murmuró Pancho—. Porque no hemos visto ni una perla.

El irguió la cabeza con arrogancia.

—Te equivocas, amigo... Llevo perlas, muchas perlas de preciosas conchas que yo mismo conseguí abrir en el fondo del mar... Es una fortuna... Y habrá para ti también, Pancho, para ti... y para las familias de los pobres amigos muertos...

—¿Quieres aún pescar más?

—Ya no... Debemos huir rápidamente... Si los negros nos ven aquí, pueden, después de su éxtasis, volvernos a atacar. Y esta vez no habría salvación. ¡Levad anclas en seguida! ¡A regresar!

Los marineros obedecieron. El capitán les prometió una recompensa si obedecían sus órdenes. Y ellos aceptaron de buen grado.

La goleta comenzó a deslizarse apartándose de la isla Salomón donde habían pasado momentos tan graves.

Aun continuaban en la playa los cuerpos tendidos en una oración postrera. Se oían sus gemidos, sus voces de acendrada religiosidad.

—¡Te cantan himnos, Leandro! —le dijo Mariana con emoción—. ¡Te creen un dios!

—Al fin y al cabo creen la verdad—contestó sonriente—. No podré ser dios del mar... pero soy el dios de una muñequita que me mira con sus ojos morenos, ¿verdad?

—¡Oh, Leandro!

Y se abrazaron dulcemente mientras el sol se apagaba cerrando su párpado rojo.

FIN

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantas, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zayá.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesita.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Vírgenes modernas.—El Paganó de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran chaparrón.—Tempestad

que han constituído otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La bellísima novela

Anne Christie

por la inimitable GRETA GARBO

En preparación:

Horizontes nuevos

Asunto totalmente hablado en español, por CARMEN GUERRERO y JORGE LEWIS

Ya se ha puesto a la venta, con extraordinario éxito, la tan deseada

Biografía de la famosa

GRETA GARBO

Con profusión de fotos y anécdotas de la eximia artista

Precio: 50 cts.

Y la **Colección de 6 postales** (6 «poses» modernísimas de la misma artista)

Precio: 30 cts.

¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito. Véase si no:

EL PRECIO DE UN BESO

por José Mojica y Mona Maris

(3 ediciones)

DEL MISMO BARRO

por Mona Maris y Juan Torena

(6 ediciones)

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona Maris

(2 ediciones)

EL VALIENTE

por Juan Torena

(2 ediciones)

EL PRESIDIO

por José Crespo

(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

ROMANCE

por Greta Garbo y Lewis Stone

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

TEMPESTAD

por John Barrymore y Camila Hora

Biografía de MAURICE CHEVALIER

(14 ilustraciones en el texto, a cual más interesante. Postal-regalo del famoso *chansonnier*). **Precio: 50 cts.**

Extraordinario, esperado, de la **Colección de 6 postales de**

Maurice Chevalier con **Claudette Colbert**

en EL GRAN CHARCO. **Precio: 30 cts.**

Las mejores novelas de cine son:

La Novela Semanal Cinematográfica Moderna

La Novela Cinematográfica del Hogar

Los Grandes Films Mudos y Sonoros

(nueva publicación que substituye a Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica)

y las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Ferraz, 21

Precio: UNA peseta